


# EL CIRCO

## RALPH BARBY

Sin embargo, quien más sintió la llamada, quizá el aviso del desconocido animal, quizá un lobo, quizá una bestia extraña y perdida en aquellos bosques pródigos en árboles, ubérrimos en matorrales, fue «Goliath», el gorila híbrido que se puso en pie, con la espalda ligeramente encorvada.

Agarró los barrotes entre sus manazas y comenzó a sacudirlos, mostrando una fiereza desacostumbrada. Su boca se abría, mostrando los amenazadores colmillos.

Los músculos de sus brazos se hinchaban, sus huesos semejaban crujir y los barrotes comenzaron a ceder…



Ralph Barby

# El circo

## Bolsilibros: Selección Terror - 97

**ePub r1.1**
**xico_weno** 06.11.15

Título original: *El circo*
Ralph Barby, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

## CAPÍTULO PRIMERO

La caravana del circo avanzaba lenta y pesadamente por las angostas carreteras vecinales, repletas de curvas, con voraz vegetación a un lado y a otro del asfalto.

El cielo se había encapotado y la tarde caía lentamente en un pardo gris oscuro en las postrimerías de un otoño pródigo en nieblas.

Abría la marcha un «Land-Rover» con banderas de señalización y haciendo sonar el claxon. Tras éste viajaban dos vehículos ligeros, uno de ellos un gran «Cadillac» descapotable que en los Estados Unidos no costaría más de trescientos dólares por ser un modelo anticuado. Mas, la ampulosidad de sus líneas llamaba la atención allá en las entrañas de la vieja Europa, donde las lenguas se hacían distintas y se aunaban en muchas de sus palabras, donde la piedra medieval, granítica y oscura seguía siendo el corazón y los cimientos de las edificaciones, allí donde las gentes se estremecían y arrebujaban bajo las mantas cuando en las noches de luna clara oían aullar al lobo.

Después, seguían los grandes tráilers, dos de ellos cuádruples. Transportaban en jaulas los animales que participaban en el espectáculo, jaulas que se podían cubrir con planchas ligeras para proteger a los animales de la lluvia y el frío, al cual muchos no estaban acostumbrados. Pero, durante los viajes, solían dejárseles las rejas al descubierto para que respiraran el aire que se filtraba por entre los barrotes. Esto les refrescaba, evitándoles mareos desagradables.

Allí viajaban los pequeños monos vacaríes rojos, de mirada casi humana, con barba y patillas y dedos muy hábiles. Estaba la pantera negra, suave, brillante, perezosa, de mirada maligna, que de cuando en cuando rugía.

La camada de los lobos la componían cinco animales; un lobo

macho, tres hembras y un lobezno. Habla también un tigre y un elefante que se dejaba transportar por aquellos grandes mamuts rodantes de la carretera que eran los tráilers, pero entre todos los animales, quien destacaba especialmente era el gorila «Goliath».

«Goliath» era un animal singular. Se decía de él que era un gorila, pero un buen antropólogo podía darse cuenta, con pocas observaciones, de que no era un gorila puro de raza. Era un ejemplar conseguido con el cruce de otras razas de grandes primates.

Tenía el aspecto y la ferocidad aparente de un gran gorila, inspiraba cierto terror enfrentarse a él, pero mucho más cuando las miradas de quienes le observaban a través de las rejas se cruzaban con los ojos de «Goliath». Eran unas pupilas extraordinariamente inteligentes y las pruebas que realizaba revelaban demasiada inteligencia para atribuírsela a un gorila o tan siquiera a un chimpancé entrenado.

Eran varios los miembros de la familia circense que rehuían mirarle a la cara. Le temían, pero era un número bueno y el Rudyard Kipling Circus estaba en decadencia, tenía demasiados problemas económicos para prescindir de él. Además, el viejo, huraño y nada codicioso propietario del animal pedía poco dinero en los contratos. Sin embargo, se mostraba muy exigente con el trato de «Goliath», pues le proporcionaba las mejores comidas. Le trataba con mimo y se comentaba que existía una particular comunicación entre el gorila y su domador, el viejo Saúl, al cual nadie había logrado arrancar la verdad sobre el origen del extraño gorila inteligente.

Según los veterinarios que lo habían examinado en ocasiones, por estar el animal abatido o simplemente por control de medidas sanitarias, era un ejemplar híbrido y en esta particularidad todos habían coincidido. ¿De qué enigmáticos cruces había salido aquel monstruo que fascinaba a los espectadores y les hacía estremecer?

Tras los camiones-jaula seguían los que cargaban con la carpa, asientos y demás material. El Rudyard Kipling: Circus no estaba mal en opinión de muchos críticos, pero había algo desagradable en él.

Los payasos no eran buenos y el público no se reía. En cambio, se estremecía, se fascinaba con otros números del espectáculo y al abandonar la carpa, los niños se apretaban contra las faldas de sus

madres y exigían que las manos de los padres se aferraran fuerte alrededor de las suyas, porque el miedo les invadía.

Aquella especie de estigma pesaba sobre el Rudyard Kipling Circus como si en su tuétano se hubiera introducido una extraña enfermedad maligna que impedía que algunos artistas de fama mundial renovaran contrato en él, alegando que no se sentían a gusto y que su prestigio bajaba.

Arthur McCampbell, propietario del circo y padre de la domadora Vanessa, estrella máxima del espectáculo, había contraído deudas en más de una ocasión por pagar en exceso a grandes estrellas para que renovaran el contrato y luego, el público no había respondido lo suficiente.

Arthur McCampbell, a cada deserción de figuras importantes, había cerrado los puños, impotente. Para él, el circo era mucho más que un negocio; era su vida entera.

Haciéndose eco de las críticas que atacaban a su circo, había contratado a otros grupos de payasos famosos, de gran éxito en otros circos, pero que extrañamente y repitiendo los mismos números, en el Rudyard Kipling Circus fracasaban estrepitosamente y a las pocas semanas, ellos mismos agriaban sus sonrisas. No conseguían llevarse al público, no lograban el estallido unánime de la hilaridad.

En la roulotte de McCampbell comenzaban las discusiones y los payasos eran sustituidos. Luego, como se había hecho correr la voz dentro de la familia mundial del circo de que el Rudyard Kipling Circus estaba maldito para los payasos, los más famosos rechazaban sus ofertas por temor al fracaso.

Había algo podrido, algo que hedía, pero nadie sabía qué era. Menudeaban las acusaciones mutuas.

Nadie sabía cuándo había comenzado la maldición, pues aquel circo, con anterioridad, sin ser un gran circo, había funcionado y bien, no para el público exigente de las grandes capitales cosmopolitas, pero sí en ciudades provincianas.

Mas, un día, acuella cartomántica llamada Nirvana, de origen zíngaro según ella, le había leído las cartas de tarot a Arthur McCampbell a petición de éste mismo.

Y una noche alrededor del fuego, la noche del uno de mayo, que alguien había recordado era la noche de Walpurgis, la noche

maldita, contra lo que todos habían deseado y esperado, pues pocos creían en la veracidad de las cartománticas que utilizaban muchos trucos de manos y psicólogos para obtener sus éxitos. Nirvana había predicho infortunio, tragedia y muerte.

La gente del circo era supersticiosa y a partir de las palabras de la zíngara, la noche se agrió como una pesada y mala digestión.

Arthur McCampbell había arrojado los naipes de tarot por el aire y se había reído de la zíngara. Luego, hizo correr el ron para borrar el mal presagio y ya a altas horas de la madrugada, sólo había conseguido hombres borrachos y peleones cuando de ordinario actuaban más hermanados.

—Vanessa, tenía que haber echado fuera de mi circo a esa rémora de Nirvana.

—Papá, Nirvana ha demostrado ser un buen gancho para el circo cuando está detenido y la gente se acerca a verlo o en los preliminares, antes de la entrada. Ella, con su tenderete, atrae a las gentes. Es algo atávico el querer conocer nuestro porvenir.

—Es una embaucadora y de eso se vale. Se ha pegado al circo y saca su buen dinero en cada población a donde llegamos.

—No te cobra nada, no entra en la nómina de pagos del circo.

—Sí, ya lo sé, pero ella nos lanzó la maldición y ya ves cómo nos van las cosas, de mal en peor. Tengo deudas, muchas deudas. Los Bancos no me dan créditos y el día que menos lo espere subastarán hasta los camiones, claro que la carpa nadie va a comprarla porque está llena de parches y tiene goteras cuando llueve.

—Papá, papá, ten confianza en el futuro. Algún día subiremos el circo hacia arriba, la mala racha pasará, no puede durar siempre. Fíjate, fíjate en este contrato que tenemos para actuar en Steinschwarz.

Arthur McCampbell había lardado un ligero gruñido antes de admitir:

—El contrato es bueno, no comprendo por qué nos lo han ofrecido en estas condiciones, pero tengo entendido que Steinschwarz es una ciudad pequeña, casi un pueblo.

—Sea un pueblo o un villorrio, lo importante es que se trata de un contrato perfectamente cumplimentado por el representante que nos vendrá a ver cuando lleguemos a Steinschwarz. Si hay negocio, él se llevará el dinero.

—Pero tú te llevas tu parte y además cubres gastos. El Rudyard Kipling Circus no tiene problemas en estos quince días.

—Sí, y todo esto lo encuentro muy raro. Si Steinschwarz es una ciudad muy pequeña, ¿por qué el contratante paga el circo durante quince días tratando de hacer negocio? ¿Es que acaso en este lugar no han visto a un circo en su vida y llenarán los bancos en su totalidad los quince días seguidos? Si así fuera, te aseguro que me arrancaría los pelos de la barba, uno por uno hasta afeitármela por no haber sabido descubrir dónde hay posibilidades óptimas para montar la carpa y dónde no.

—No pienses en lo que hubieras podido ganar, sino en lo que vas a ganar. Será la primera vez en bastante tiempo que ganarás dinero además de cubrir gastos.

—Eso es cierto, mientras se efectúen los pagos estipulados.

—No puedes quejarte. De entrada ya has cobrado el treinta y tres por ciento de lo contratado.

—El otro treinta y tres tendrán que abonarlo cuando la carpa esté montada y el resto, el último día.

—Sí, y hay que cumplir, porque ya sabes que de no llevar a cabo tu parte del contrato quedas comprometido en una deuda que sería la soga que ahorcaría este circo. Lo convertiría en un cadáver para los buitres que se lanzarían sobre la subasta de todos los bienes. Tienes muchos acreedores, papá.

—Vamos, hija, no llames a la tormenta, que ya está nublado. ¿Me pasas la botella de vodka?

—No, papá, que estás conduciendo. Eh, mira, allí en aquel cruce hay un coche aguardando… Es un *jeep*.

—Pues si va en dirección contraria, tendrá que esperar a que pase toda la caravana, porque los tráilers ocupan toda la calzada de parte a pares. Es una carretera tan estrecha… —gruñó.

El *jeep* «Commander», al acercarse a ellos, se puso en marcha, situándose junto al «Cadillac» descapotable que conducía el propio Arthur McCampbell.

—Eh, buenas tardes. ¿Alguno de ustedes es McCampbell? —preguntó el hombre del *jeep*, un sujeto alto, más joven que maduro, con una ligera barba cobriza, de tonalidad algo más oscura que su abundante cabello lacio.

Vanessa, que le observó intrigada, se dijo que aquel hombre

tenía algo de corso atlántico o, por lo menos, así lo veía ella. Los ojos azules del desconocido contrastaban con el color de sus cabellos. Para hablarles, había apartado la cachimba de su boca, sosteniéndola con la zurda mientras maniobraba el volante con la diestra.

—Sí, yo mismo soy McCampbell, joven le respondió el propietario del circo con su voz casi cavernosa.

—Pues celebro conocerle. Me llame Dan Donovan.

—Mucho gusto, Donovan, pero continúo sin saber quién es usted y si sigue junto al «Cadillac» y viene otro roche en dirección contraria, lo va a pasar muy mal. Además, creo que las leyes de tráfico prohíben circular en paralelo.

—Lo sé bien, señor McCampbell, pero por aquí pasan muy pocos coches, ya se dará usted cuenta. En cuanto a mí, soy su representante en Steinschwarz.

—¿Usted? Aguarde, joven, creo que los contratos estipulaban a un tal…

—¿Bentoist?

—Eso es.

—Tenga, aquí le traigo una carta del señor Bentoist. Él ha tenido que desplazarse a Viena y yo he venido en su lugar.

—¿Es usted su ayudante?

—Mejor su amigo. Le acepto algunos trabajos cuando me interesa o cuando no me queda un céntimo entre los forros de los bolsillos.

—Vaya, podía haber venido el propio Bentoist. ¿Acaso cree que el Rudyard Kipling Circus es un espectáculo de tercer orden y puede enviar a un botones en su lugar?

—¡Papá! —recriminó la muchacha.

—No Se preocupe, señorita, no voy a molestarme. Comprendo la irritación del señor McCampbell, que ahora ya sé que es su padre. Esperaba a un promotor y se encuentra con un hombre no demasiado experto, pero es que algo muy urgente reclamaba al señor Bentoist en Viena.

—Si es la muerte de su abuela, le acompaño en el sentimiento, pero no me lo voy a creer gruñó McCampbell, irritado.

—No me ha explicado el motivo, pero debía de ser importante. Sin embargo, no se quedan solos, yo traigo la documentación y

tengo permiso para realizar operaciones en este país.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —mascullé McCampbell.

—¿Y ustedes? Tampoco son oriundos de este lugar.

—¡Maldita sea! Yo tengo un circo rodante.

—Y yo, mi vida, digamos algo trashumante.

—Oiga, ¿usted no es el Dan Donovan de las novelas extrañas, de esos cuentos fantásticos?

La pregunta de Vanessa parecía haber dado en el clavo.

—Si se refiere a que ha leído mis narraciones extrañas, sí creo que debo de ser yo, porque no conozco a otro que firme como Dan Donovan no me diga que usted las ha leído.

—Pues sí, leí uno de sus libros y, la verdad, me estremecí. Tiene usted una imaginación terrible.

—Sólo nos faltaba eso —rezongó McCampbell sin poder escapar a la compañía del *jeep* que circulaba junto a él.

—Las historias las busco por lugares perdidos de esta vieja Europa, señorita, por eso estoy aquí. Acepto cualquier trabajo con tal de ir de un lugar a otro y que los naturales del país me cuenten sus leyendas que luego escribo dándoles cuerpo, claro. Ya ve que todo el mérito de sus estremecimientos no es mío.

Arthur McCampbell objetó con sorna:

—Ya. Los lugareños le cuentan que había una vez un gato y usted escribe que la pantera rugía.

Dan Donovan sonrió ligeramente y replicó:

—Espero que esos mismos lugareños no tomen por gato a la pantera que usted debe de llevar en sus jaulas.

—¿Eh, un gato en mi circo?

Ya Dan Donovan había hundido el pie contra el pedal del acelerador y se alejó para adelantarse al circo en su arribada.

—¡Papá, que te sales de la carretera! —gritó Vanessa a su padre que se había puesto en pie dentro del «Cadillac».

Su mal humor, a aquellas alturas, era muy fácil de sacar a flote, máxime cuando la noche semejó precipitarse sobre ellos. El cielo se encapotó más y comenzaron a caer unas gotas heladas que obligaron a McCampbell a mirar hacia el cielo y a gruñir:

—Sólo faltaba la lluvia… Espero que la capota funcione.

De pronto, se escuchó un aullido prolongado y lejano Era el aullido de un lobo que semejaba venir del más allá, del horizonte

que se perdía a las miradas que traspasaban los parabrisas que comenzaban a quedar salpicados por la lluvia mientras se iniciaban los
zum-zum
de los limpiaparabrisas, un aullido que los hombres no llegaron a captar conscientemente y si alguno lo hizo, pudo confundirlo con el ulular casi imperceptible del viento, embutiéndose quejumbroso por recónditas y perdidas barrancas.

Más, los animales del circo sí lo captaron. Los lobos se pusieron inquietos; el macho de la camada se retrepó, alzó su hocico y mostró sus blancos colmillos al gruñir.

Los vacaríes comenzaron a saltar de una parte a otra de la jaula. El tigre alzó su mirada y buscó por entre los barrotes. La pantera desnudó sus uñas las enormes y oscuras garras surgieron amenazadoras mientras por entre sus colmillos aparecía la lengua rojiza.

Sin embargo, quien más sintió la llamada, quizá el aviso del desconocido animal, quizá un lobo, quizá una bestia extraña y perdida en aquellos bosques pródigos en árboles, ubérrimos en matorrales, fue «Goliath», el gorila híbrido que se puso en pie, con la espalda ligeramente encorvada.

Agarró los barrotes entre sus manazas y comenzó a sacudirlos, mostrando una fiereza desacostumbrada. Su boca se abría, mostrando los amenazadores colmillos.

Los músculos de sus brazos se hinchaban, sus huesos semejaban crujir y los barrotes comenzaron a ceder…

## CAPÍTULO II

A la entrada de la población había una especie de puente que cruzaba el pequeño rio que abastecía a la ciudad. Allí moría la cinta asfáltica. Steinschwarz era como el extremo que cerraba aquella carretera que sólo llegaba hasta allí sin prolongarse, aunque había carreteras forestales aptas para *jeeps* o carruajes de caballos, pues un automóvil normal europeo habría de partirse entre las piedras o quedarse hundido entre los socavones. Y un coche americano, mucho más por sus grandes dimensiones.

La población era oscura, con apenas algunas luces en las calles. A Arthur McCampbell no le agradó ni al verla de lejos. Había cesado de llover, pero todo estaba húmedo y una niebla suave se alzaba del suelo como vapores subterráneos, dando al lugar una sensación fantasmal.

Los faros de los vehículos taladraban aquella niebla con facilidad; sin embargo, sus luces se hacían más difusas e incluso llegaban a distorsiones y a una distancia grande resultaba difícil adivinar si había un foco o dos encendidos.

—Eh, para que luego no se queje de un americano trabajando en Europa. Ya lo tengo todo listo. Aquí, conmigo, está un alguacil del Ayuntamiento local y el secretario del alcalde —dijo Dan Donovan.

Había descendido del *jeep* «Commander» y seguido de dos hombres, se aproximó al «Cadillac», el cual había dado varios bocinazos para que la caravana se detuviera tras él.

—¿Tiene ya todos los permisos? —gruñó McCampbell.

—Sí, aquí le traigo todos los papeles, puede verlos usted mismo, si los entiende —le respondió Dan Donovan. Al descubrir a Vanessa por debajo de la capota de lona negra, la saludó—: Hola otra vez. Creo que nos vamos a ver con frecuencia.

—¿Se va a quedar para presenciar nuestras actuaciones?

—Pues sí, señorita. Aprovecho estas ocasiones para absorber y

devorar las sagas y leyendas de éstos para los semiperdidos y, ¿qué mejor que quedarme junto a un circo? Seguro que entre ustedes hay personas extrañas, deseosas de contarme historias no menos extrañas.

—Si eso sucede, le voy a cobrar los royalties, señor Cuentista —farfulló el escocés McCampbell sin abandonar su gesto adusto.

El secretario era un hombre pequeño, flaco, de cara redonda y cráneo braquicéfalo, calvo bajo el sombrero oscuro. Usaba lentes con cristales montados al aire que le daban un aspecto de burócrata despiadado e implacable.

Llevaba el cuerpo bien protegido bajo un abrigo oscuro y bien cortado, aunque algo rozado en las bocamangas y codos.

—Todo está en regla. Me temo que han contratado ustedes demasiados días —opinó el burócrata municipal, escondiendo sus manos de piel alabastrina en el fondo de los bolsillos de su abrigo, unos bolsillos recios, sin concesiones al modernismo.

De haber retrotraído su figura treinta años atrás, habría seguido encajando a la perfección en su papel, sin cambiarle siquiera un botón.

—Eso me temo yo —rezongó McCampbell—, y parece que aquí el Ayuntamiento no se gasta el dinero para iluminar la ciudad por las noches.

—Ha emigrado mucha gente de Steinschwarz y hay pocos fondos en el Ayuntamiento, muy pocos. Ahora, disculpen, pero aquí tenemos la costumbre de acostamos temprano, especialmente si está nublado.

—Si está nublado o si hay luna llena —farfulló McCampbell.

Lo que acababa de decir el propietario del circo, más o menos por hacer un sarcasmo de queja, no le pareció tan intrascendente al secretario municipal, porque endureció su rostro y en sus ojillos brilló un ramalazo de temor.

—Sigan al alguacil, él les conducirá al lugar donde deben de emplazar su circo. Espero que no causarán molestias a la población. Buenas roches —dijo casi sin desearlas.

Tras entregar una serie de papeles al alguacil armado, se alejó rápidamente a través del puente. El rumor de los motores de los vehículos absorbió el ruido de sus pasos.

—No es muy simpático el tipo ése. Espero que a todos aquí no

los hayan parido igual. Eh, Donovan, vaya usted delante abriendo paso con el alguacil, no sea que los camiones grandes no puedan pasar por algún punto y tengamos un atasco difícil.

—De acuerdo, iré delante.

—No ha venido nadie a ver la llegada del circo —se lamentó McCampbell.

—No chilles, papá, pueden oírte y es mejor que los demás tengan la moral alta.

—¿La moral alta? Ya estarán viendo el lugar donde hemos caído. No sé dónde habrá visto el negocio el tipo que nos ha contratado, ya has visto al chupatintas de la alcaldía.

Los motores roncaron al cruzar el puente y la caravana circense siguió la ruta que fue indicando el alguacil hasta llegar a una explanada en las afueras de la pequeña y perdida ciudad.

El camino para llegar a la explanada era de tierra, pero lo suficientemente amplio para que pudieran pasar los grandes camiones.

La carretera o camino proseguía después de la explanada y también salía de ella otro camino con huellas de rodadas de carruajes tirados por caballerías.

El *jeep* «Commander» se detuvo en el centro del claro y el «Cadillac» lo hizo a su lado.

—Hum, el lugar es bastante grande, pero algo apartado de la población. No sé si será bueno estar alejados, aquí que parece que las gentes se encierran en sus casas durante la noche.

—Sería bueno que hicieran sus funciones de día, si es que quieren tener público —les dijo el alguacil de grandes bigotes al estilo latino mientras fruncía la nariz.

—¿Quiere decir que es un pueblo dónde se respetan mucho las tradiciones? —preguntó Dan Donovan.

—Será que la gente es muy supersticiosa —observó McCampbell con su sempiterno malhumor.

—Papá, quizá no sea un lugar tan malo —objetó Vanessa, saliendo del «Cadillac».

Dan Donovan pudo observarla mejor y vio que era alta, rubia, de alto y duro busto y bien moldeadas caderas. Tenía una elasticidad felina en sus movimientos que la hacían más bella aún.

Como se encontró con la mirada de la joven debido a los focos

de los automóviles, incluso sorprendidos por los grandes mastodontes de la carretera que iban entrando en la explanada, tomando el sentido de círculo para dejar el centro libre. Dan Donovan señaló la prolongación de la carretera que la niebla apenas dejaba ver y preguntó a alguacil:

—Y ese camino, ¿adónde conduce?

El alguacil miró oblicuamente en la dirección que lo maleaban y repuso:

—Al cementerio.

—¿Al cementerio? —Fue como si a McCampbell le hubiera clavado su aguijón una maligna avispa.

—Sí, eso he dicho, al cementerio.

—Pero, estará algo apartado —observó Vanessa, tratando de apaciguar a su padre.

—Pues, al final de la explanada. Si caminan unos cien pasos se encontrarán con la verja de entrada. Por favor, atiendan lo estipulado en los permisos y caven sus letrinas; no utilicen el muro del cementerio para… Bueno, ya me entienden, y la señorita disculpe, pero…

—¡Ya está bien! Lo mejor será que no descarguemos y nos larguemos de aquí. Situarnos junto al cementerio…

—Papá, por favor, recuerda el contrato firmado. Hemos de pasar quince días aquí, nos guste o no, venga público o no venga. Después de todo, nosotros ganaremos dinero igualmente.

—¿Y usted, qué ha hecho usted, esto es todo lo que sabe hacer? —Increpó McCampbell a Donovan, lleno de furia—. ¿No ha podido concertar un emplazamiento mejor que éste, en mitad del camino del cementerio?

El norteamericano se encogió de hombros y suspiró. Sacó su pipa del bolsillo y buscó la petaca antes de responder. Temía acabar dándole un puñetazo a McCampbell y después de conocer a su hija, no deseaba hacerlo.

—Yo no he contratado nada, sólo he facilitado su arribada, y los permisos. Si tiene quejas, expóngalas al señor Bentoist, que es su representante.

—¡Pues claro que lo haré! ¡Me va a oír, ya lo creo que me va a oír!

—Si ustedes no precisan nada más, yo regresaré al poblado —

dijo el alguacil.

Parecía tener prisa por marcharse.

—Aguarde —le pidió Vanessa—. ¿Y ese otro camino, adónde va?

—Pues, pues…

—Vamos, hombre, responda. No habrá otro cementerio, ¿verdad? —inquirió McCampbell con sarcasmo.

—No, es el camino de la mansión, es decir, fue la mansión Wolfe. Ahora, nadie se acerca por allí, está en ruinas.

—¿Unas ruinas? Será entretenido visitarlas cuando no sepamos qué hacer.

—No se puede, señorita —corrigió el alguacil.

—¿No? ¿Por qué?

El alguacil vaciló y su cuerpo ligeramente obeso basculó también. Evitaba mirar hacia el camino que se sumergía en la niebla.

Al fin, como acosado por las miradas, respondió con aparente indiferencia y actitud evasiva, lo que no pasó desapercibido para nadie:

—Accidentes del terreno, señorita. Hay como un foso en su centro donde crecen plantas espinosas, zarzales y oirás malas hierbas. Se comenta que dentro viven ratas y serpientes y nadie acerca a esa especie de foso. Es peligroso. Si se cae uno dentro, se corre el riesgo de no volver a salir per culpa de las zarzas y las alimañas.

Sin añadir nada más, el alguacil, bombardeado por los faros de los camiones que maniobraban disciplinadamente, se alejó.

—Ya lo habéis visto, hasta él mismo llama poblado a su supuesta ciudad. Por poco no le hemos oído llamarlo villorrio.

—La verdad es que por lo poco que he visto, el lugar es pequeño. Quince días de circo para esta gente va a ser demasiado circo —opinó Dan Donovan. Se llevó la cachimba a los labios, le prendió fuego y cuando la hubo encendido, agrego—. Pero, no deben preocuparse. Tienen todos los riesgos cubiertos mientras cumplan su contrato.

—Tengo ganas de verle la cara al sujeto que se ha arriesgado a que el circo permanezca quince días aquí con todo el gasto que ello significa —rezongó McCampbell.

—Yo no le conozco, es algo que llevó personalmente el señor

Bentoist. Según los papeles, se llama Wolfeng.

—¿Wolfeng? —repitió Vanessa, interrogante.

—Sí, ¿qué pasa, qué más da ese nombre u otro? —le preguntó su padre.

—Pues, que la mansión en ruinas, según ha dicho el alguacil, se llama Wolfe. Los nombres se parecen.

—Sí, creo que tiene usted razón, señorita…

—Vanessa, y puede ahorrarse el señorita, aunque lo soy, por supuesto.

—Eso no tiene importancia —gruñó el escocés—. En estos lugares, la gente suele tener el nombre parecido o idéntico. Seguro que si nos acercamos a ese maldito cementerio que tenemos tras de nosotros encontramos varias lápidas con ese mismo nombre o similares.

—Pues, es algo que me interesa y que mañana mismo comprobaré. Los novelistas, narradores, cuentistas o como quiera llamarnos, tenemos algo de historiadores. Hay quién dice que jamás llegamos a inventar nada, que sólo contamos lo que oímos conscientemente, lo que captamos inconscientemente o lo que ya está cincelado en nuestra memoria genética de forma atávica.

—¿Cómo, qué dice? ¡No le entiendo, diablos, hable claro!

—Papá, no seas tan agresivo, te va a doler la úlcera.

—Ah, sí, la úlcera. Recuérdame que esta noche tome ración doble de leche antes de acostarme. Ya empieza a dolerme. Y yo que creía que eso sólo me ocurría cada vez que se me ponía delante un acreedor…

De pronto, se les acercó una figura taciturna, medio encorvada, de largos brazos que aparecían y desaparecían según la iluminaban los focos de los vehículos.

Al fin se detuvo frente a Campbell y le miró. Los ojos del viejo Saúl estaban húmedos.

—¿Qué te pasa a ti ahora? ¿Vienes a pedir yogur para tu gorila o es que vas a quejarte de que aquí va a pillar reuma?

—Se ha ido, señor McCampbell, se ha ido —tartajeó.

El hombre se descontrolaba. Temblaba tanto su voz como su cuerpo. Semejaba un extraño muñeco que se descomponía por momentos.

—¿Cómo que se ha ido?

Saúl se alejó de nuevo, vacilante, hacia uno de los camiones-jaula.

Vanessa, su padre y Donovan se miraron entre si y decidieron seguir al lagrimeante viejo que ante ellos había tartajeado, incapaz de coordinar las palabras adecuadamente.

Llegaron ante una de las jaulas cuyos barrotes estaban combados. Dan Donovan acercó su mano para comprobar el grosor de los mismos y preguntó ceñudo:

—¿Qué clase de monstruo traían aquí dentro que ha sido capaz de doblar estos hierros?

—«Goliath», el gorila.

—Diablos, ¿un gorila suelto por aquí? ¿Y es peligroso?

Vanessa miró a su padre y éste, anonadado por lo ocurrido, preguntó:

—¿Cuándo, cuándo ha sucedido?

—No lo sé, señor McCampbell, no lo sé. Se ha ido, se ha ido…

—Oiga. McCampbell, si ese animal es capaz de arquear esos barrotes para escapar, debe de tener una fuerza extraordinaria. Habrá que avisar al alguacil.

—Sólo faltaría eso, provocar el pánico. Bah, no tiene importancia, es un gorila híbrido, la verdad es que ni siquiera sé si es gorila. Se trata de un cruce de grandes monos con ciertas peculiaridades que lo hacían muy apto para el mundo del circo, pues ya sabe que un gorila no es bueno para el circo, pero un chimpancé, sí. Un chimpancé es muy apto, pero la gente se lo toma a broma. En cambio, el gorila inspira más respeto y ese «Goliath» era una mezcla que, por lo visto, nadie más ha llegado a conseguir. Este viejo imbécil nunca ha dicho de dónde lo sacó.

—Le recomiendo que si corre la voz, diga que se ha escapado un chimpancé y no un gorila. El efecto que va a causar en el pueblo será muy distinto.

—Mañana saldremos con rifles de dardos narcotizantes a ver si lo encontramos.

—¡Señor McCampbell, señor McCampbell!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el escocés, volviéndose hacia otro de los hombres del circo.

—Señor McCampbell, las fieras están inquietas, muy inquietas.

De súbito, se escuchó un grito. Fue algo atroz que les hizo

estremecer y sonó no muy lejos de ellos, al otro lado de los camiones.

—¡Pronto, linternas, a ver qué ha ocurrido!

Corrieron, rodeando los camiones-jaula y en el suelo encontraron a uno de los peones del circo.

Tenía el pecho abierto de un zarpazo y de él brotaba la sangre.

El haz de una de las linternas enfocó de pronto la cabeza de la pantera negra que en el interior de su jaula, rugió mostrando sus colmillos y una de sus zarpas, que pasó rozando el rostro de Donovan que era quien estaba más cerca de los barrotes.

—¡Atrás, atrás! —exigió McCampbell.

—¡Dios mío! —gimió Vanessa—. ¡Si jamás había hecho tal cosa!

McCampbell rugió:

—¡Esto está maldito, maldito, huele a cadáver, maldita sea mi suerte, mi perra suerte!

Donovan se inclinó sobre la víctima de la pantera y observó:

—Aún vive. Hay que apresurarse para salvarlo.

—Es inútil, las cartas no mienten. Yo se las eché a Spencer ayer y le dije que moriría pronto y de forma violenta.

Dan Donovan alzó lentamente la cabeza al oír aquellas palabras salidas de una boca de mujer y se encontró con una bellísima zíngara, aunque ya algo madura, quizá diez años mayor que Vanessa.

Tenía grandes y profundos ojos oscuros y largo cabello azabache brillante.

—¡Sólo faltabas tú, Nirvana, sólo faltabas tú!

Y McCampbell dio un puñetazo contra la propia palma de su mano izquierda.

El sentido de la tragedia corrió a la velocidad del rayo entre los componentes de la familia circense.

Los motores de todos los vehículos se detuvieron y se hizo un gran silencio que rompió el aullido de un lobo lejano. Sin darse cuenta, orientándose por el sentido del oído, todos se encararon con el camino que conducía a la mansión en ruinas que había mencionado el alguacil.

## CAPÍTULO III

El día nació con el cielo encapotado y una niebla que hacía que la humedad gélida de aquella mañana se metiera hasta el mismísimo tuétano.

No se veía más allá de la explanada; ni siquiera podían divisar la configuración de Steinschwarz.

Era como si estuvieran montando la carpa en un lugar extraño, brumoso, perdido en un mundo inhumano, quizá en el tiempo. Los camiones, el entoldado, los hombres que componían el grupo, eran como una isla en la niebla tras la cual, como solían decir los antiguos atenienses que se aventuraban hasta las Columnas de Hércules, ya no había nada más.

Arthur McCampbell mascullaba imprecaciones mientras dirigía la siempre laboriosa y compleja operación de montaje del circo.

Había mal ambiente entre la llamada familia circense. Podía decirse que muy pocos de sus miembros, por provenir de las más diversas razas y países, coincidían en una misma religión, pero como por una extraña estética, si se transmitían las supersticiones.

La proximidad del cementerio no agradaba a nadie y mucho menos teniendo en cuenta la mala fama que acarreaba el Rudyard Kipling Circus.

Luego, estaba el nerviosismo de las fieras; Spencer herido por la pantera que siempre se había mostrado dócil, pues estaba bien alimentada y asimismo se ocupaban de sedarla convenientemente para evitar su posible fiereza.

Y, por si fuera poco, la desaparición de «Goliath», el enigmático gorila que, imitando en muchas cosas a los seres humanos, jamás había logrado hacer reír a nadie como podía, conseguirlo cualquier chimpancé de los muchos circos que rodaban por el mundo.

«Goliath» estremecía. Como número, era bueno, pero sobrecogía. Metía en un puño los corazones que estaban cerca de él en el

momento de actuar.

McCampbell se había apresurado a ordenar que los barrotes fueran puestos de nuevo verticales y se borrara todo vestigio de la fuga del forzudo animal, lo que se había conseguido utilizando sopletes para calentar los barrotes y domeñarlos mejor.

El escocés sabía bien que tal como habían quedado los barrotes resultaban demasiado impresionantes, pues daban idea y medida de la bestial fuerza y el poder de «Goliath».

Mientras, por la carretera que daba acceso a Steinschwarz, deambulaba el viejo Saúl, propietario de «Goliath», acompañado de Vanessa, que tenía sujeta por una cadena y con un bozal colocado a la loba que formaba parte de la atracción «reina» del circo, y Dan Donovan, al que habían prestado el rifle lanza-dardos narcotizantes por si descubrían al primate híbrido, capaz de levantar el *jeep* y lanzarlo por un barranco abajo.

—No se ve nada —se quejó lastimero Saúl—. ¡«Goliath», «Goliath»! —gritaba.

—Me temo que el día no nos favorece.

Vanessa miró a Donovan y asintió.

—Es cierto, no se ve nada y la loba no da muestras de olfatearlo.

—¿Es loba auténtica?

—La verdad es que no, tiene cruce de alsaciano, por eso la traigo conmigo. Si fuera loba auténtica no me fiaría de ella.

—Sin embargo, tiene todo el aspecto de una loba, incluso sus ojos amarillentos.

—Sí, pero «Akela» tiene un grado de domesticación que no es bueno que advierta el público. Las otras hembras y el macho, que si es un lobo auténtico, la tienen muy en cuenta.

—Entiendo, es «Akela», como en El Libro de la Selva.

—Pues sí, y tengo gran confianza en ella.

—Me ha sorprendido que usted fuera la domadora.

—¿Por qué?

—Se ve muy joven y hermosa, claro que eso llamará mucho más la atención del público.

—En el circo hay que llamar siempre la atención con el «más difícil todavía».

—Sí, pero eso de encerrarse en una jaula con lobos, micos y una pantera negra y además poner orden… Supongo que los monitos

pasarán un susto de muerte en cada actuación.

—Tratamos de que las fieras estén siempre bien alimentadas para que no deseen comérselos o me tomen a mí como festín.

—Por estos bosques ya no lo veremos más, nunca más —se lamentó el viejo Saúl con evidente desesperación.

—¿Qué clase de comida tomaba esa fiera?

A la pregunta de Dan Donovan, Vanessa respondió:

—Comía frutas, algunos vegetales, raíces y también carne.

—¿Carne?

—Sí, carne.

—La quería siempre cruda y de animal recién muerto. «Goliath» es muy selecto —dijo Saúl, tratando de escudriñar a través de la niebla.

—El bosque es grande, posiblemente encontrará comida. Si consigne cazarlos, podrá comer animales pequeños. De lo contrario, bajará a la población y en cuanto sea visto, nos avisarán. Me temo que aquí sólo vamos a perder el tiempo. Será mejor que subamos al Jeep de nuevo y regresemos.

—Sí, yo también opino lo mismo. «Akela» no muestra síntomas de olfatearlo y como no sabemos en qué punto de la carretera saltó de la jaula y se lanzó al bosque, es como buscar una aguja en un pajar.

—Lo extraño es que ningún conductor lo viera escapar, aunque ya comenzaba la niebla y se hizo de noche, por eso creo que debió de saltar cerca de la entrada de Steinschwarz.

El *jeep* «Commander» se puso en marcha. El fusil no había sido utilizado.

Donovan encendió los faros antiniebla. No esperaba circulación en contra, la carretera era muy solitaria y aquella población, tan apartada dentro de bosques y montañas, si no ocurría ningún fenómeno de tipo industrial o minero, estaba condenada a morir por total emigración.

Llegaron al pueblo de casas de piedra, viejas, grises, húmedas. No había una sola edificación moderna y allí, uno podía retrotraerse en el tiempo sin demasiado esfuerzo imaginativo.

—Eh; ¿adónde va? El circo no es por ahí —le recordó Vanessa.

—Ya lo sé.

Dan Donovan se adentró por las callejas de la población cuyas

puertas aparecían cerradas, muchas de ellas posiblemente atrancadas por dentro y otras, sin nadie habitándolas.

Al fin, se detuvo en una pequeña plaza que daba sensación de agobio y en la que a la mismísima niebla le costaba introducirse.

—Esto es la alcaldía, vamos a charlar un poco. Creo que al señor Bentoist le agradará que vele por sus intereses y por los de sus clientes, es decir, por el dinero de ese señor Wolfeng que ha contratado el circo para sacarle rendimiento aquí, aunque deduzco que ese tal Wolfeng no es economista precisamente.

—Eso mismo opino yo. No comprendo cómo el señor Bentoist aceptó esto, aunque nosotros, es decir, a mí padre, le da lo mismo. Tiene todos los gastos y el beneficio asegurado en el contrato.

—No sé qué opinaría el señor Bentoist de esta población. La verdad es que yo no he estado jamás aquí, es la primera vez que vengo, lo mismo que ustedes.

—Ya, usted va buscando historias, leyendas o sagas para luego poder escribirlas. Un trabajo apasionante.

—Pues a mí me parece más apasionante y arriesgado eso de ser domadora Si yo fuera…

—¿Quién? —le preguntó con un ligero desafío en la voz, arqueando su espalda sin darse cuenta y alzando el hermoso busto, oculto bajo el jersey blanco con cuello de cisne y que moldeaba el duro seno.

—Mejor entramos. Dejará el rifle en el *jeep*. Podrían pensar que perseguimos a una fiera muy peligrosa y provocaría el pánico.

—¿Quiere decir que en este poblado vive alguien? —preguntó Saúl, mirando en derredor con desconfianza.

—Esperemos que avance el día y lo comprobaremos —observó Dan Donovan.

Se introdujeron en la alcaldía y allí encontraron al secretario con sus gafas montadas al aire. Usaba chaqueta con el mismo corte y tono oscuro que el abrigo que llevara por la noche.

—Buenos días. ¿Precisan algo más de la administración?

—Mal día, mal día para nosotros —rezongó Saúl—. Se ha escapado «Goliath».

—¿«Goliath»?

—Sí —asintió el viejo.

El secretario del Ayuntamiento frunció el ceño, receloso.

—No será la fiera que dio un zarpazo a uno de sus peones ayer noche, ¿verdad? Precisamente, el señor alcalde quería hablarles de ese enojoso asunto. Deseaba acercarse al circo, pero ya que están aquí…

—No, no se trata de esa fiera. La pantera que hirió a Spencer está enjaulada y sedada.

—Mejor así. Si ocurre algún otro percance, van a tener muchos problemas. El señor alcalde deberá de hacer el reporter de lo ocurrido para la policía. El médico ha dicho que ese hombre está muy grave, que es posible que muera.

—Es una desgracia que nos dolerá a todos —dijo Vanessa.

—El animal que se ha escapado es un mono —aclaró Dan Donovan.

—Ah, un mono, si es así… Un momento, aguarden aquí, voy a avisar al señor alcalde.

En voz baja, Donovan comentó:

—Si descubren la clase de barrotes que puede retorcer ese monito, vamos a tener muchos problemas, por lo menos que no se le escape a nadie que también es carnívoro. ¿Me oye usted?

Movió el hombro de Saúl, pues éste parecía alelado, sumido en sus problemas.

El alcalde les recibió enseguida. Era un sujeto de cabello lacio y canoso, huraño de gesto y maneras demagógicas.

—¿Alguno de ustedes es el propietario del circo?

—Yo soy el representante —se presentó Dan Donovan.

—Y yo, la hija del propietario.

El alcalde miró entonces a Saúl como pidiendo que se identificara, pero el viejo no habló y el alcalde dejó de concederle importancia.

—Bien, desagradable accidente el de ustedes. Espero que ese hombre se salve. Me ha explicado mi secretario que se les ha escapado otro animal.

—Un mono —aclaró el propio secretario, saliéndole la voz algo más atiplada de lo usual.

—¿Un mono? Pues, aquí hay mucho bosque y no será fácil que lo encuentren.

—Se llama «Goliath» —aclaró Saúl.

Vanessa añadió:

—Es que se trata de un mono grande.

—¿Un mono grande, qué quiere decir, un orangután o algo por el estilo?

—Sí, algo por el estilo —se apresuró a asentir Vanessa antes de que Saúl diera demasiadas explicaciones.

—Pues, no nos gustan los monos grandes por estos lares.

—Ah, no, ¿tienen algo de particular para ustedes? —inquirió Dan Donovan.

—Pregunta usted muy directamente —le objetó el alcalde, sintiéndose rey detrás de su escritorio.

Vanessa intervino para aclarar:

—El señor Donovan es norteamericano. Es escritor y busca historias para luego narrarlas.

—Ya, un novelista. Pues aquí parece que una leyenda cuenta que hubo una especie de gorila que no era tal gorila, algo raro. En fin, no puedo prestarles a los alguaciles para que vayan en busca de ese mono, es asunto de ustedes y abonarán todos los daños que pueda causar.

—Verá, nosotros sólo queremos que publique la noticia por si alguien ve al mono que avise. Así, saldremos en su captura.

—Bien, señor Donovan, lo publicaremos. Lo incluiré en el precio estipulado, pese a que las arcas de esta alcaldía no andan sobradas de dinero. Ah, ya sabe que no queremos pasacalles. Esta población no está acostumbrada al ruido ni al escándalo.

—Sí, es muy silenciosa, ni siquiera he oído ruido de coches — observó Vanessa.

—Sí, es una ciudad tranquila y puritana, por lo que les ruego que tengan cuidado con las indumentarias femeninas en sus actuaciones.

—Pero, oiga, ¿en qué tiempo viven?

Donovan cogió a la muchacha por el brazo para contenerla.

—Creo que nos veremos en otras ocasiones —dijo Donovan—. Si alguien ve al mono, que avise enseguida al circo. En cuanto a lo ocurrido con la pantera, fue un accidente, hay testigos de ello.

—No me obliguen a clausurar el circo como lugar peligroso o simplemente indecoroso.

Como Donovan temió que Vanessa se disparara, la cogió por el brazo de nuevo y la condujo hacia la salida. Ya fuera, la joven se

quejó:

—¡Habrase visto tipo más inaguantable!

—Me temo que no vamos a tropezamos con gante muy simpática por aquí.

—Es lógico con esta ciudad, este clima y anclados en el tiempo por el lastre de unas miras estrechas. ¿Quién no se agria?

Con el *jeep*, se dirigieron al circo. Vieron ahora a algunos ciudadanos. Iban muy tapados, no sabían si para protegerse del frío y la niebla o para no ser vistos.

—¿Qué, no habéis encontrado ni rastro de «Goliath»? —les preguntó McCampbell al verles llegar.

—No —respondió Vanessa, sacando a la loba «Akela» que había permanecido encadenada y con bozal dentro del *jeep* mientras visitaban al alcalde.

—Pues sí que es una pena. Saúl, tendrás que ir a buscarlo o perderás tu contrato.

—Sí, lo buscaré y lo encontraré.

—Papá, has sido algo duro con Saúl —observó Vanessa cuando el viejo se alejaba y McCampbell se rascaba el cogote, preocupado.

—Puede ser, hija, pero no es momento para sentimentalismos. Las cosas no van bien. Espero que usted no vaya a contarle a ese Wolfeng que uno de nuestros números se ha esfumado mientras no se recupera a «Goliath».

—No, claro que no.

—Donovan, sólo nos salen dificultades. —Suspiró—. Le invito a un trago de *whisky*. Lo cierto es que me alegra que se quede aquí y pueda comprobar por sí mismo lo dura que es nuestra vida. Para la gente todo son sonrisas en el momento de la actuación.

Mientras McCampbell hablaba, la loba comenzó a gruñir mirando hacia uno de los caminos que partían de aquel claro, tan cercano al cementerio.

—Parece que «Akela» olfatea algo, papá.

—Pues, adelante, a ver si localizáis a ese gorila. Mientras, terminaremos de montar la carpa, ya falta poco.

Dan Donovan tomó el rifle y Vanessa le siguió con la perra loba, internándose por el camino que conducía a la mansión Wolfe.

A medida que avanzaba, la loba gruñía más y se mostraba remisa en seguir adelante.

—¡Vamos, «Akela», adelante, tú nunca has tenido miedo!

«Akela» habla terminado por clavar sus patas en la tierra, negándose a continuar.

—Si esta maldita niebla se disipara, veríamos algo más adelante. Parece que el animal nota la presencia de algo cercano que nuestros ojos no llegan a ver.

—Mire, ahora cede algo la niebla.

—Sí, allí se ve como una gran casa.

—Puede ser la mansión Wolfe.

—¡Dan, allí, allí!

El hombre se volvió hacia su izquierda y pudo ver cuatro ojos amarillentos, algo lejanos pero fosforescentes y malignos.

De pronto, un aullido doble y estremecedor que erizó los pelos de la perra loba.

Dan Donovan se echó el rifle a la cara y jaló el gatillo. La cápsula de gas se reventó y salió impulsando el dardo. Aquello que parecía una extraña bestia desapareció de su vista, disolviéndose en la niebla.

—Creo que le he dado. ¿Cuánto tarda en hacer efecto el narcótico?

—Veinte o treinta segundos, depende del tamaño del animal.

—No es muy rápido, mejor habría ido un balazo ordinario —se lamentó Dan Donovan—. Lo extraño es que parecía un solo lobo y eran dos, no lo entiendo.

—A mí me ha parecido una bestia infernal.

—Calma, si le he dado la encontraré tumbada cerca de aquí, yo no creo en las bestias infernales.

—¡Eh, por allí, fíjese, parece una sombra que se aleja!

—Parece una persona —observó Dan. mirando en la dirección que le indicaba Vanessa.

—¿Quién es?

No obtuvieron respuesta. «Akela» se pegaba a las piernas de ambos. Dan avanzó y Vanessa, que prefirió no quedarse sola, le siguió de cerca hasta que hubieron de detenerse.

Un talud no muy alto, de vegetación espinosa, apareció ante ellos cortándoles el paso, pero aquella vegetación no nacía a ras del camino, sino en lo hondo de una especie de zanja que cortaba el camino.

—Diablos, parece una trinchera, pero más ancha. Con los espinos ahí, no se puede saltar, se caería uno dentro si lo intentara.

—Es lo que dijo el alguacil, y abajo hay alimañas.

—Todo esto es muy extraño. Quizá esa fiera que hemos visto, o que la niebla nos ha hecho ver de forma confusa, está al otro lado de esta zanja, quizá esté de nuestro lado. Lo que sí parece cierto es que la zanja no está aquí por casualidad.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, tuteándolo por primera vez.

—Parece que la han cavado adrede y han vertido en su interior semillas de escas plantas espinosas. No me extrañaría que bajo esos espinos vegetales hubiera otros de acero como trampa mortal para quien caiga dentro.

—Pero, eso, ¿por qué?

—No lo sé.

Alzó la mirada. La niebla se había dispersado un tanto y ante ellos aparecía la silueta siniestra y oscura de la mansión de Wolfe.

—Será interesante averiguar si esta zanja tiene la misión de que nadie se acerque a las ruinas del caserón o todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario?

—Sí, que algo que esté al otro lado de la zanja no pueda salir.

—¿Y qué es ese algo? ¿No será que tu imaginación de novelista está trabajando en exceso?

—Si crees eso, ¿por qué no te quedas aquí sola un rato?

Dan Donovan retrocedió impotente para cruzar aquella zanja que no sólo cortaba el camino, sino que circundaba toda la mansión.

—¡Eh, eh, espera, espera, no me dejes aquí!

Vanessa corrió tras él y la perra lo hizo aún más aprisa que ella.

# CAPÍTULO IV

Arthur McCampbell, que era un hombre emprendedor pese a los fracasos que le habían perseguido en los últimos tiempos, aquella noche abrió las puertas de su Rudyard Kipling Circus al público de la ciudad de Steinschwarz.

—Los carteles lo han anunciado, ¿no? —vociferó ante los miembros de la gran familia circense—. ¡Pues hay que comenzar!

Lo cierto era que faltando sólo cinco minutos para el comienzo de la función inaugural, nadie se había acercado aún por la taquilla.

Todo estaba más o menos dispuesto para comenzar; sólo estaría ausente el número de «Goliath», su poder y sus habilidades. Lo malo es que el simio estaba retratado en los carteles anunciadores, a color y con gran expresión de fiereza.

—Por lo menos, vendrán las autoridades a las que hemos regalado las entradas de rigor —dijo Vanessa.

Dan Donovan movió la cabeza, pesimista.

—Me temo que flota algo maligno per aquí.

—Sólo faltaba usted con sus fantasías, Donovan. Ahora, Nirvana tendría que echarme las cartas, esas cartas de tarot que siempre lleva consigo y como es tan morbosa, siempre pronostica tragedias y desgracias.

—Papá, que a ti te gusta Nirvana. ¿No será que le tienes ojeriza porque no te hace el caso que desearías?

—¡Vanessa, te prohíbo que…!

—Me temo que discutiendo no ganarán nada —les dijo Donovan.

—Papá, Donovan tiene razón, no debemos discutir. Si las cosas salen mal ahora, ya saldrán bien en otro momento.

—Está bien, está bien. Al final, entre todos, me haréis creer que me he convertido en un viejo gruñón e insoportable.

—¿Alguien ha visto a Nirvana? —inquirió uno de los trapecistas.

—¿Qué te pasa, acaso quieres que te lea las cartas esta noche para que te sugestione con una tragedia y luego te rompas la crisma cayéndote del trapecio?

Nadie dio importancia a la ausencia de Nirvana, la cartomántica. Donovan había observado su belleza y le había parecido que Vanessa hacía alusión al interés que su padre sentía por ella, por si acaso podía interesar a alguien más aquella enigmática echadora de cartas que se había pegado a la carpa del circo y se sentía a gusto con su infortunio.

—Está bien, adentro todos, adentro, no hemos de dar la impresión de que les estamos esperando.

Cuando McCampbell cesó de gritar, sólo quedó en el ambiente el ruido del generador que proporcionaba la corriente eléctrica a los focos que habían de llenar de luz a los actuantes.

—Todo esto no me agrada, Dan. Trato de calmar el mal humor de mi padre, pero lo comprendo.

—Sí, yo también empiezo a comprenderle y procuraré no irritarle con más ironías y sarcasmos.

—Te lo agradeceré. ¿Has averiguado algo sobre aquello que hemos visto o creído ver entre la niebla?

—Bueno, he hecho preguntas a algunos comercios de la población.

—¿Y?

—La gente aquí es áspera, no da facilidades para el diálogo.

—¿He de entender que no has averiguado nada?

—Aún no he perdido las esperanzas, siempre habrá alguien más amable o que acepte una propina y suelte la lengua. Quién sabe, puede ser un viejo, un muchacho. Ya encontraré a alguien.

—Bueno, quizá no sea tan importante. Ésta es una zona fría y grandes bosques pueblan esta región casi deshabitada. En invierno nevará y las alimañas se dejarán ver. No es nada importante que hayamos visto un lobo, también pueden haber sido atraídos por el lobo del circo. La noche pasada aulló.

—Sí, ya le oí y no es agradable dormir acunado con aullidos de lobo. Por cierto, que la habitación que me proporcionaron en el pequeño hostal de Steinschwarz es muy mala.

—¿Se oía el aullido del lobo desde el hostal?

—Sí. La verdad es que no sé si era el lobo del circo o aquella

extraña bestia que hemos visto, pero los aullidos se oían claramente. Ah, he averiguado algo más.

—¿El qué?

—He pasado por el cementerio. En los cementerios pueden descubrirse cosas interesantes.

—No se me había ocurrido nunca.

—Pues se descubren árboles genealógicos, y por lo barroco de las lápidas o mausoleos, se puede deducir quiénes de la familia han prosperado y quiénes no.

—Y en el cementerio local, ¿qué has descubierto?

—Pues que si existe la familia Wolfe.

—No es nada extraño, existiendo una mansión con tal nombre.

—Ellos no tienen una tumba, sino un mausoleo grande, de mármol negro y granito oscuro, un panteón cuya puerta está cerrada, pero no hay nada en todo el cementerio que se le pueda igualar.

—Bueno, si la mansión es grande…

—Me gustaría entrar en el panteón familiar, a ver las tumbas que contiene y los huecos que aún permanecen vacíos.

—Un interés un poco morboso, ¿no crees?

—No te lo parecería si te dijera que sobre el panteón, cincelado en granito, está el escudo de armas de la familia que, por lo visto, en otro tiempo fue muy importante.

—¿Hay algo extraño en ese escudo de armas?

—Un lobo, sentado sobre sus cuartos traseros, es la figura principal.

—¿Un lobo? ¿El da origen al nombre de la familia?

—En efecto. No es nada extraño, pero el lobo del escudo es bicéfalo.

—¿Bicéfalo, con dos cabezas, quieres decir?

—Correcto.

—Por favor, Dan, no tratarás de ponerme nerviosa, ¿verdad?

—No. Sólo tú y yo hemos visto o hemos creído ver lo que nos ha salido por el frente esta mañana, cerca de esa mansión en ruinas. Si hubiera examinado el panteón con anterioridad, podría estar algo sugestionado, pero no lo había visto.

—No irás a creer que existe un lobo con dos cabezas, ¿verdad?

—Podría tratarse de un monstruo, de una aberración genérica.

Existen casos de animales mamíferos nacidos bicéfalos.

—Pero, mueren al poco de nacer.

—Sí, que yo sepa, ninguno sobrevive, claro que jamás habla oído nada parecido de un lobo.

—Quizá hemos visto dos lobos y no uno solo.

—Es posible. Había niebla y algo desagradable flotando en ella.

—¿Siempre cuentas historias fantásticas a las mujeres?

—No es ninguna historia fantástica. Además, lo del panteón puedes verlo tú misma mañana y me gustaría que fuéramos con «Akela».

—¿Por qué con «Akela»?

—Hay huellas frente al panteón, huellas y excrementos. Los excrementos son la constancia, la evidencia para los zoólogos de que un animal existe en determinado lugar.

—Y ¿qué clase de huellas has descubierto?

—Huele a perro. Yo no entiendo demasiado de eso, pero lo mismo puede ser un perro que un lobo. Lo que sí es cierto es que allí va un animal, diría que casi todos los días.

—Me parece muy raro que si lo han averiguado las gentes del pueblo no le hayan puesto un cepo o alimentos envenenados.

—Quizá teman hacerlo.

—¿Por qué habrían de temerlo?

—¿Por qué no acuden por la noche al circo, por qué hasta el mismísimo alguacil que va armado teme salir por la noche?

—Dan, ¿qué te has propuesto, meterme el miedo en el cuerpo? ¿Acaso no te acuerdas de que soy domadora?

—Quizá mi pecado consista en que, ignoro por qué razón, junto a ti me siento relajado y libre de expresión, es decir, que hablo con confianza.

—Gracias. —Hizo una pausa, se liberó de alguna posible inhibición y dijo—: Quizá con este ambiente precisemos todos ser o por lo menos esforzarnos en ser escépticos para poder superar lo que ocurre. Hay algo maligno en el ambiente, todos lo sabemos, pero si el pánico se apodera de nosotros, la tragedia será aún peor, mucho peor.

Como Queriendo ratificar sus palabras, de pronto se escucharon unos disparos que resultaron claros y muy audibles en el silencio nocturno.

McCampbell apareció rápidamente por la puerta del circo, inquiriendo:

—¿Qué nueva desgracia ha ocurrido ahora?

—No lo sé, iré a averiguarlo. Parece que los disparos han sido en la población.

Dan Donovan corrió hacia el *jeep*. Vanessa le siguió a la carrera.

—¡Espera, voy contigo, yo conozco a «Goliath» más que tú!

—¡Maldita sea si ha sido ese animal! —masculló McCampbell.

El *jeep*, roncando su motor, se alejó del circo vacío de público en su noche de inauguración.

El «Commander» arribó al fin a la ciudad.

Cerca de la plaza donde se alzaba el edificio del Ayuntamiento, divisaron varias luces. Eran lámparas de mano, algunas de pilas eléctricas, otras de petróleo o gas embotellado.

Todos los hombres estaban allí armados y volvieron sus miradas hoscas hacia el *jeep*.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Donovan.

Los hombres se apartaron y en el suelo apareció un cuerpo prácticamente descabezado.

Era el alguacil, que no había tenido suerte en el siniestro encuentro nocturno.

—¡Dios mío, qué horror! —exclamó Vanessa, ocultando su rostro.

## CAPÍTULO V

—La operación de búsqueda de «Goliath» ha sido infructuosa —se lamentó Arthur McCampbell.

Se llevó el gollete de la botella a la boca y bebió un largo trago de vodka.

—Papá, no deberías beber tanto.

—Pequeña, tengo que discutir con ese maldito alcalde. Él no puede probar, por lo que yo sé, que fuera «Goliath» quien mató al alguacil. No había huellas en el suelo, nadie le vio, no puede clausurarme el circo. Sin embargo, hoy lo tendré cerrado, claro que usted se lo hará comprender a Bentoist. ¿No es cierto, Donovan?

—Sí, lo comprendo, visto el éxito de público de ayer noche.

—Un éxito memorable… Jamás había visto mi circo tan vacío, tan vacío que ni se comenzó la función. Ni una sola entrada vendida. Estamos en el lugar más siniestro que hombre alguno haya podido imaginar jamás.

—No sería mala cosa que celebraran las funciones en horas diurnas. Ya sabe que aquí a la gente no le agrada salir de noche.

—Sí, eso haremos. Sería humillante marchar de este pueblo sin haber dado una función con público. Si la noticia se propagara, mi circo quedaría hundido. En cuanto a ese alcalde, él no puede asegurar que ha sido «Goliath» quien mató al alguacil, no puede responsabilizarnos de esa muerte.

Dan hizo una seña silenciosa a Vanessa y ambos salieron de la gran roulotte.

—Es una situación muy desagradable —opinó Dan.

Por el sendero que conducía al circo y como dirigiéndose a él, avanzaba una vetusta carroza fúnebre, hecha de madera de ciprés pintada de negro para que durara muchos años sin pudrirse.

La carroza se fue acercando a la carpa. Tenía que rodear el gran entoldado para proseguir su camino hacia el camposanto.

Las miradas de quienes componían la comitiva fúnebre eran hoscas, amenazadoras, pero en el fondo de sus ojos también aleteaba un sentimiento muy parecido al recelo y al temer.

La situación se hizo tensa, difícil. Era como un enfrentamiento entre los miembros del circo y las gentes de la población; sin embargo, parecía que ambos sabían que la culpa no era de ellos mismos, sino de algo maligno que estaba en el ambiente, en los bosques que cercaban la población, algo espectral y a la vez sólido que podía matar de forma bestial como había ocurrido con el alguacil.

—Les acompañaré —dijo Donovan—. Quizá pueda mantener una pequeña charla con el alcalde que va en la comitiva.

—Iré contigo. Después de todo, según el punto de vista de esa gente, voy decentemente vestida: pantalones y un chaquetón de piel oscura. —Vamos.

Se apartaron del circo y se unieron al cortejo fúnebre.

En principio, hubo un movimiento de rechazo por parte de aquellas gentes, pero luego optaron por dejarles formar parre del grupo. Así, se dirigieron al cercano cementerio.

En el camposanto, la fosa abierta aguardaba el féretro que fue descendido lentamente, con algunos golpes en sus costados. Al fin, quedó quieto en el fondo y las paladas de tierra húmeda comenzaron a golpear su tapa.

Se rezó. No había lágrimas, pero sí un sentimiento lúgubre de queja. Cuando ya se iniciaba el regreso, Dan Donovan se acercó al alcalde y le saludó:

—Buenos días.

—No tan buenos —replicó hosco el alcalde.

—Lamento lo sucedido. Me gustaría saber si han averiguado qué es lo que ha podido matar a ese hombre.

—Su mono no era tan mono como pretendieron darme a entender. En los carteles-anuncio hemos podido ver que se trata de un gorila salvaje.

—No tan salvaje, y ni siquiera puede decirse que fuera gorila — le replicó Dan Donovan.

—Se harán las Investigaciones oportunas. Ya pasaré informes a la policía y harán averiguaciones. Si ha sido ese gorila, tendrán que responder de lo sucedido. Por el momento, sólo les aconsejo que lo

encuentren.

—Lo buscamos, pero no hemos tenido colaboración por parte de ustedes. Al parecer no desean formar un grupo de captura que se interne en los bosques. Seguro que tienen cazadores y con perros podríamos hallar su pista.

—Nosotros no saldremos a los bosques. Buscar al gorila es asunto de ustedes —cortó el alcalde.

No quiso añadir más, ni siquiera se despidió de Dan y Vanessa.

La gente pasó entre ellos y Dan Donovan sintió algo en su mano. Al mirarlo, descubrió que era un papel doblado. Quiso saber quién se lo había dado, pero sólo vio de espaldas a varias mujeres enlutadas y con velos sobre sus cabezas.

Comprendió que si le habían entregado la nota furtivamente es que no querían identificarse, por lo que la guardó disimuladamente en su bolsillo.

—No es muy amable ese hombre que digamos —se lamentó la rubia Vanessa.

—Tiene miedo.

—La verdad es que, después de la muerte del alguacil, no les culpo.

—No, ellos tienen más miedo que eso, tienen miedo desde antes de llegar nosotros. Eso se nota, se palpa en el ambiente, se ve en sus rostros. Ese miedo está ya clavado en ellos desde hace tiempo.

—Pero ¿de qué tienen miedo, acaso de aquella aparición casi fantasmagórica que vimos?

—Hay muchas cosas inexplicables que debemos de aclarar.

—¿Piensas que nosotros lo conseguiremos?

—Al menos, lo intentaremos. No vamos a hallar mucha colaboración, pero siempre hay alguien dispuesto a soltar la lengua.

—¿Y has encontrado a ese alguien?

—Digamos que ese supuesto «alguien» si me ha encontrado a mí.

—¿Qué quieres decir?

Dan Donovan le mostró el papel doblado.

—Me han pasado esta nota.

—¿Quién?

—No lo sé. Apartémonos de esa tumba y acerquémonos al panteón de los Wolfe.

—¿La familia de los lobos?

—Sí, un nombre ya de por sí desagradable.

—Bien, veámoslo.

Ya prácticamente solos, se acercaron al panteón que destacaba entre los demás. Allí había varios panteones, pero ninguno como el de los Wolfe, que semejaba presidir el camposanto. Estaba en el centro del recinto y, sin embargo, aparecía como aislado dentro de él.

—Es siniestro —opinó Vanessa.

El panteón tenía una arquitectura exterior de un gótico hermético.

—Mira, ahí, cerca de la puerta.

—Es cierto. Son excrementos de perro y huelen mal.

—No hay duda de que una bestia, sea perro o lobo, viene por aquí de forma continuada.

—Sí, y por lo visto, la gente de este pueblo no quiere saber nada.

—Este cementerio es viejo, debe haber algún lugar por donde se filtra la bestia.

—¿Qué estás tramando, Dan?

—Si se me ocurre algo, ya te lo diré. Ahora, veamos qué dice la nota. Desdobló el papel. En letra de pésimo estilo, pudo leer:

»*Sé que va haciendo preguntas. Espéreme a las once de la noche a la puerta del mesón y no diga nada a nadie*.

»LA
EXORCISTA
».

—Dan, ¿no será esto una tomadura de pelo?

—Después de todo lo que está ocurriendo, estimo que aquí no hay tomaduras de pelo, sino tragedias extrañas y malignas. Quizá esa exorcista no explique cuál es la raíz del miedo de este pueblo, y así aclaremos también cuál es la causa de que los animales se pongan nerviosos y por qué un antropoide, habitualmente tranquilo como vuestro «Goliath», ha escapado y ha sido capaz de descabezar a un hombre de forma tan bestial.

—¿Crees que ha sido él?

—Sí, Vanessa. Esperemos que el alcalde no pueda confirmarlo. —Suspiró. Sacó su pipa y comenzó a llenarla de tabaco, pensativo

—. Veremos qué averiguo esta noche.

—Puedo ir contigo.

—¿Por la noche?

—Sí. Junto a ti no tengo por qué temer nada. Además, yo conocía a «Goliath» y me hace caso, lo digo por si aparece de pronto.

—¿Qué va a decir tu padre? ¿No saldrá con un rifle detrás de mí?

—Mi padre es muy comprensivo y sabe que puede defenderme de cualquier ataque, sea de bestia o de hombre.

—Entonces, andaré con cuidado. Ahora, salgamos de aquí. El sepulturero nos está vigilando desde detrás de unos setos.

# CAPÍTULO VI

En el mesón les sirvieron la cena de forma hosca, huraña.

Vanessa se había llevado las peores y más fustigantes miradas de la obesa patrona del mesón, que al servirles el espeso vino negro, un vino con color y casi densidad de sangre, le advirtió:

—No se permite que las mujeres suban a las habitaciones de los caballeros.

—¿Y quién le ha dicho que yo vaya a subir? —replicó Vanessa sin ambages.

—Lo digo por si acaso se le ocurría.

—He invitado a la señorita a cenar porque he querido que apreciara la excelente cocina de usted, una cocina muy regional y apetitosa, aunque algo picantilla. A ver si luego nos sirve usted de aquel queso que funde con no sé qué arte y especias.

—Oh, no faltaría más, se lo traeré enseguida. En cuanto a las especias, la verdad es que ese plato de menudos de carne con vegetales suelo hacerlo más picante, pero al ser la señorita extranjera… En fin, con este vino se calmarán sus lenguas y gargantas.

La obesa patrona se alejó, moviendo sus enormes ancas donde debían de acumularse todas aquellas proteínas que consumía a diario en forma excesiva y gran glotonería.

—Eres un buen psicólogo, Dan. Has sabido sacártela de encima sin problemas ni violencia.

—No iba a enfadarme con ella cuando he de seguir comiendo sus guisos, ¿no crees?

—Eres muy listo. Dan, demasiado, deberé tenerlo en cuenta —dijo cuándo sintió la mano del hombre sobre la suya.

Vanessa se dejó acariciar los dedos, unos dedos largos, de piel blanca, cuidada, suaves y enérgicos a la vez como podían ser los de una pianista, dedos con los que manejaba el látigo que hacía bailar

a las fieras a su antojo en el número circense.

Al observar el regreso de la obesa mujer y sabiendo cómo pensaba, Vanessa retiró prontamente la mano y tomó la jarra de barro esmaltado en la que había escanciado el oscuro caldo vinícola.

Se lo llevó a los labios y sintió como el vino envolvía su lengua y la caldeaba, dándole aspereza y un sabor penetrante y agradable, algo más aromático de lo que ella conocía. Luego, resbaló por su garganta y fue a su estómago para ayudar a la digestión de aquella opípara cena regional que en su pura «salsa» les estaba sirviendo la mesonera.

—Aquí tienen el queso, seguro que les gusta.

Ambos sonrieron. Ya a solas, Vanessa le dijo a Dan:

—Parece muy apetitoso, pero yo ya no puedo comer más, tengo el estómago lleno.

—Llevas pantalones, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Suelta un par de agujeros la hebilla de tu cinturón y come de este queso, es exquisito. Tenemos tiempo y por un día que cenes sin preocupaciones, no creo que pierdas la línea.

Ella bajó las manos per debajo de la mesa y lanzó un suave respiro. Dan la miraba y los dos sonrieron.

—¿Estás mejor ahora?

—Sí, veamos ese queso… —Mientras lo tomaba con una espátula de madera de filo cortante, observó—: Vosotros los escritores de historias extrañas, gustáis mucho de las buenas comidas, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—No sé, también he leído a Bram Stoker, el creador de Drácula y me da la impresión de que era un hombre al que agradaba comer bien.

Y comieron bien, dejando que el tiempo transcurriera.

De cuando en cuando. Dan consultaba su reloj.

La patrona, tratando de mostrarse más amable, pero a la vez resuelta, les dijo:

—Aquí nos acostamos temprano.

—Está bien. Acompañaré a la señorita hasta el circo. Es la domadora, su padre es el propietario.

—¿La domadora, con ese aspecto tan delicado? Nadie lo diría.

—Pues ya ve —contestó Vanessa, secándose los labios un tanto oleosos.

—Bien, puede usted llevarse la llave. Cuando regrese, cierre bien por dentro. Ya sabe lo que le ocurrió al alguacil. Aquí, las gentes no salimos durante la noche, la noche es del diablo.

—Bien. Procuraré no hacer ruido al entrar.

Cuando Dan Donovan tomó la llave entre sus manos, se la mostró a Vanessa. Era una llave de hierro, gruesa y contundente.

—Creo que cualquier señorita decente, si sale por la noche llevándose la llave de su casa, queda bien defendida en este lugar.

—Por supuesto. Un golpe en la cabeza de alguien con esta llave, es para derribarlo en el acto. Qué horror. Aquí se olvida uno de que vivimos en las postrimerías del siglo Veinte.

—Ni siquiera tienen televisión.

—Como no hay repetidores en estas oscuras y siniestras montañas, no les llega la onda. Hasta la administración del país se ha olvidado de ellos.

—Quizá porque sabe de antemano que es una población condenada a ser fantasma.

Se quedaron en el portal del mesón. La noche era ya cerrada. Unas campanadas, que supusieron eran de la iglesia, pero podían proceder de cualquier otra parte, dieron las once. A lo lejos brillaba una luz macilenta; era una bombilla eléctrica colocada dentro de un farol que otrora pudo ser de aceite o queroseno bruto. Por lo menos, había que admitir que en aquello, Steinschwarz se había modernizado.

—Por nada del mundo me quedaría a vivir en este pueblo —opinó Vanessa.

Comenzó a caer una lluvia fina, casi imperceptible, como un rocío nocturno, pero mientras ellos permanecían en el portal, la calle se acharoló y adquirió brillos cambiantes.

—Cuidado, alguien se acerca.

En la dirección contraria del farol, se aproximaba un bulto oscuro. Caminaba sin hacer ruido. Vanessa, inquieta, preguntó en voz baja:

—No será «Goliath», ¿verdad?

—No. Así, de lejos, lo mismo parece una mujer enlutada que un

fraile furtivo; lo que sí es evidente es que no desea ser reconocido.

Dejaron que aquella misteriosa figura llegara hasta su altura. Dan Donovan apretó la llave de hierro en su mano; por un instante, pensó en el brutal ataque de que fuera objeto el alguacil.

—Síganme —pidió una voz quejumbrosa, que apenas pudieron entender.

Dan cogió a Vanessa por el brazo. Ésta se había subido el cuello del grueso tabardo ribeteado con piel negra. Siguieron a la figura que les condujo por un dédalo de callejuelas hasta detenerse frente a la puerta de una casa.

La vivienda carecía de luz eléctrica. Aquella especie de sombra negra, monje satánico o perro de la noche, a tientas se sentía a gusto.

Vanessa y Dan permanecieron junto a la puerta hasta que vieron encenderse una lámpara de petróleo. Entonces, pudieron ver el rostro de quien les había precedido hasta allí.

Vanessa se sobrecogió y ahogó un pequeño grito de horror.

Dan, presintiendo la reacción de la muchacha, la apretó por la cintura, dándole a entender que no estaba sola.

Aquel rostro, que la luz de petróleo iluminó de abajo arriba, dándole un aspecto aún más espectral, pertenecía a una mujer de avanzada edad y para si lo hubiera querido como modelo el más fantasmagórico de los dibujantes de cuentos de brujas.

Era un rostro medio desdentado, de ojos grandes y saltones, como si pretendieran ver en la noche más que los demás. Su nariz era abultada y ganchuda. Tenía varias verrugas pilosas y desagradables, pero mucho más desagradable era la sonrisa de suficiencia que bailaba en sus labios.

—Estáis pensando que soy una bruja, ¿verdad?

—No, no, señora —respondió Vanessa, dubitativa.

—Muchos lo piensan, pero soy todo le contrario. Soy una exorcista. Algunos aseguran que no creen en mí, pero acaban visitándome, porque saben que yo les quitaré demonios y maleficios de sus cuerpos mejor que el médico.

—Creía que las exorcistas ya no existían —confesó la muchacha.

—Pues te equivocas, pequeña, te equivocas. En el propio París hay muchas y eso, dejando aparte los exorcistas hombres, curas, ya me entendéis. Puedo deciros, con honestidad, que sé muchas cosas,

pero no soy muy poderosa. Existen demonios a los que no puedo dominar Hay criaturas que me son encomendadas y mueren, pero os juro que yo trato de salvarlas.

Vanessa tragó saliva. Dan dijo:

—Estamos seguros de ello, pero me agradaría que nos hablara sobre lo que ha prometido contarnos.

—Seguidme.

Llevando un farol en la mano, la vieja les precedió por una angosta escalera de caracol, construida en piedra y que ascendía a una especie de desván. Allí, Vanessa vio brillar un par de ojos que la asustaron. Luego, escuchó una voz ronca que repetía:

«Tenéis que purgar, tenéis que purgar…».

—¡Cállate, mal cuervo, cállate! —exigió la vieja, tirando un trapo de lana hacia un rincón. Oyeron un forzado aleteo.

La vieja depositó el farol sobre una mesa redonda y se acercó a una vetusta chimenea que allí había. Removió los rescoldos que despedían algo de calor y aparecieron brasas. Echó leña que tenía por allí y pronto brillaron las llamas que dieron más luz a la lóbrega estancia, en la que había destartaladas estanterías con botes extraños.

Era obvio suponer que aquella mujer utilizaba los métodos medievales del exorcismo, preparando las más complicadas, absurdas y repugnantes pócimas para conseguir lo que se proponía.

—Bien, bien, sentaos.

Tomaron asiento en dos sillas alrededor de la mesa. Dan Donovan observó que a Vanessa le molestaba la mirada obsesiva de aquel gran búho y dijo:

—Por lo menos, aquí no habrá ratones.

—No, no hay ratones, él les devora en cuanto asoman las orejas —se rió aquella especie de bruja enemiga del diablo.

—Bien, señora, ¿qué es lo que quería contarme?

—Tú quieres saber, quieres saber mucho, ¿no es cierto?

—Pues sí, quiero saber.

—Sobre la mansión de los Wolfe, ¿verdad?

—Sí —asintió casi mecánicamente Dan Donovan.

—Verás, últimamente en el pueblo no confían demasiado en mí y todo, por culpa de esa bestia.

—¿Qué bestia? —preguntó Vanessa.

—Placa, jovencita, necesito plata. Si nadie os quiere contar nada, debéis de ser generosos con quien os va a contar lo que sabe, ¿no creéis? —Y se rió de una forma lúgubre.

Vanessa sintió un escalofrío y se estremeció bajo su tabardo de piel. Miró a Dan con preocupación y pidió:

—Vámonos.

—¡Esperad! —exigió la vieja, pasando la mano por encima de la mesa.

—Puede que lo que nos cuente no sea del todo cierto —adujo Donovan.

—¿Pensáis que os voy a mentir?

—No tenemos ninguna seguridad de que va a decirnos la verdad. No la conocemos —puntualizó Vanessa.

—Sí, claro, una es vieja y fea, repugno a muchos… ¿No es cierto? ¡Decídmelo! ¿No es cierto?

—Señora, seamos claros. Tengo unos billetes encima, yo no soy rico y al propietario del circo le importa un comino lo que haya sucedido en la mansión de los Wolfe. A mí, particularmente, me intriga, pues por lo visto soy curioso como una ardilla, pero si no me lo cuenta, me da lo mismo —mintió Dan, pues estaba seguro de que aquella singular mujer conocía muchos secretos de la ciudad de Steinschwarz.

Todos aquellos que a la luz del día podían señalarla con el dedo, por la noche, en la desesperación del temor de una inminente tragedia, cerradas ya todas las puertas, acudían allí humildemente, se confesaban y hacían o compraban lo que la vieja exorcista les pedía. Por ello, en su arcón memorístico, debía de guardar toda la historia hedionda de la población.

—¿Y cuánto llevas encima?

Bajo los ojos ahora codiciosos de la vieja, Dan sacó varios billetes y unas monedas que puso sobre la mesa.

A la vieja debieron de parecerle bien: sin embargo, sacando la lengua como un reptil entre sus labios con sempiternas costras, dijo despectiva:

—Bah, es poco, pero seré comprensiva.

Alargó su mano huesuda para tomar el dinero, pero Dan la cogió por la muñeca, conteniéndola antes de que arramblara con el dinero.

—Primero, la historia; luego, puede barrer la mesa.

—Está bien, está bien, primero la historia. —Hizo una pausa y con su voz gutural, profunda, comenzó—: La mansión Wolfe está en ruinas, si, en ruinas, pero no está muerta…

Bajó el tono para dar un aire de complicidad a sus palabras, como temiendo ser oída por alguien que pudiera oír incluso a través de los muros.

—Escuchad, escuchad y terminaréis horrorizados porque se os meterá el pavor entre los huesos, como a los habitantes de esta ciudad maldita que se llama Steinschwarz.

## CAPÍTULO VII

—La mansión de Wolfe, como indica su nombre, es la mansión de los Lobos. Ése es el apellido de los propietarios de la mansión y de muchas otras del condado. Pertenecían a una rama aristocrática rumana. Se asentaron aquí hace muchos, muchos siglos, los libros lo atestiguan —explicó la exorcista moviendo sus manos, haciendo bailar sus ojos saltones.

—Bien, pero no se remonte mucho al pasado. Quiero saber más del presente.

A la petición de Dan Donovan, la exorcista pidió calma con un movimiento de sus manos antes de proseguir:

—Es importante el pasado.

—¿Por qué?

La vieja miró a Vanessa como si hubiera soltado una insolencia.

—Fueron unos déspotas y en el fondo, sólo eran unos bastardos, los malditos de la familia, una familia sin suerte en la herencia. Franz, el último de los Wolfe, dejó aquí su mansión a su administrador y vasallos, porque para ellos los labriegos, los pastores, son vasallos.

—¿Franz Wolfe fue el último que habitó las ruinas?

La exorcista respondió a la pregunta de Donovan:

—Él no se ha marchado y todos lo sabemos.

—¿Vive en la ciudad?

La vieja miró a Vanessa como si estuviera ante la mayor ingenua que hubiera conocido.

—Escuchadme con atención. Franz Wolfe se alejó y pasó por las más importantes ciudades de Europa: París Londres, Viena. Buscó en las Universidades, en los centros más insólitos y regresó haciéndose llamar profesor, aunque nadie sabía a ciencia cierta de qué era profesor, pero él se había matriculado en varias Universidades, aunque se comentaba que no había terminado

carrera alguna. Pero, había conocido a gentes tan extrañas como él y se supo que habilitó una de las bodegas de su mansión para laboratorio de experimentación.

—¿Se supo qué era lo que quería investigar?

—No. Se trajo un ayudante pero un día, éste desapareció y no se volvió a saber de él.

—¿No se supo si se había marchado? —preguntó Vanessa.

—Desapareció. Allí han ocurrido las cosas más extrañas y espeluznantes y no es que yo pretenda horrorizaros. Hay todavía muchas cosas que yo ignoro, pero algún día, antes de que mi cuerpo se llene de gusanos y se pudra bajo tierra, las averiguaré. Franz Wolfe hizo experimentos rarísimos. En voz baja, porque le temían, decían que estaba loco, que quería crear monstruos.

—No nos irá a contar ahora la historia del barón Frankenstein, ¿verdad? —preguntó Donovan con sarcasmo.

—Por supuesto que no, lo de él era distinto. No era ningún sabio, era la rama bastarda de la familia, la rama oscura y siniestra y él era el último heredero.

Consciente de ello, se marchó a París y allí conoció a una eslava muy hermosa. Él no podía casarse con ninguna mujer de esta ciudad, pues para él sólo eran siervas, mujeres para el concubinato como máximo, y se unió a una mujer llamada Walpurgis.

—¿Walpurgis, no es el nombre de una noche siniestra, la noche dedicada a Satanás? —preguntó Vanessa, sorprendida.

—Walpurgis fue una santa; sin embargo, el nombre de Walpurgis parece que implica algo extraño para quien lo ostenta y quizá fue una de las fuerzas que impulsaron a Franz Wolfe a casarse con ella. Wolfe no era un hombre poderoso; resultaba flaco, enfermizo. Cuando llegó Walpurgis a la mansión, se dijo que Franz Wolfe se transformó, se hizo más celoso y prohibió a su esposa salir más allá de donde pudiera alcanzar la vista desde las ventanas de la mansión. Fue despidiendo a los sirvientes y se quedaron solos allí dentro.

»Todos esperaban que Walpurgis diera un heredero a Franz Wolfe, pero el tiempo pasaba sin que naciera descendencia. Se comentó que ella era estéril, pero luego se dijo que era él quien padecía impotencia viril. El caso es que él alejó más y más a las gentes de su mansión. Se dice que trajo monos y hacía experimentos

con ellos y que consiguió un ejemplar extraño, muy grande, de aspecto feroz, pero a la vez dócil e inteligente como un perro. Se lo regaló a Walpurgis para tenerla contenta.

—¿Un mono grande, dice? —inquirió Vanessa, preocupada.

—Sí, eso me contaron, aunque nadie está muy seguro de ello. Yo sé muchas cosas, porque aquí vienen todos muertos de miedo y vomitan cuanto saben y que no se atreven a decir delante de nadie más.

El cuervo aleteó, pasando a lo alto de una viga por encima de sus cabezas. Vanessa se estremeció.

—¿Y qué ocurrió con ese mono grande del que habla?

—Nadie dice haberlo visto, nadie quiere hablar de él, pero Walpurgis lo tomó como al más mimado de los perros falderos y el gorila fue una solución a su soledad. El mono, que dicen era inteligente como un hombre se enamoró de ella y la obedecía en todo. Se asegura que Franz Wolfe, al notarlo, cogió celos de él y quiso matarlo, pero Walpurgis le amenazó con abandonarlo si lo mataba. Un día, lo que Wolfe hizo fue llevárselo lejos de aquí.

—¿No dice que nadie vio a ese mono? —puntualizó Vanessa.

—Siempre hay ojos en les bosques que observen, aunque luego no quieran confesar públicamente. Surgen los rumores, pero yo sé mucho. Estas paredes qué nos rodean están cargadas de historias que aquí se han contado, hasta el cuervo podría repetir algunas de ellas y el búho ha visto a hombres y mujeres soltando cuanto sabían.

—De acuerdo, sabe mucho, pero ¿qué pasó cuando Walpurgis se dio cuenta de la ausencia de su gorila?

—¿Gorila? Yo no he dicho que fuera un gorila, o quizá sea ese gorila que ustedes dicen se ha perdido.

Había hablado con ciertos aires de misterio y aquello molestó a Vanessa.

—No mezcle a «Goliath» en su historia fantástica. Sólo faltaría que le colgaran la etiqueta de pertenecer a ésa mansión.

—Hay gente que comienza a pensar en ello. Ustedes no lo saben, pero piensan que el gorila del circo es el que Frank Wolfe alejó de aquí, por eso no salen a cazarlo.

—¿Eso es todo lo que quería contarnos? —preguntó áspero Dan Donovan, viendo que Vanessa estaba irritada y además molesta por

hallarse en el lóbrego desván de la exorcista.

—Aguardad… Walpurgis entró en cólera, era una bruja o es una bruja, porque su cuerpo no llegó a encontrarse, el caso es que tomó venganza en Franz Wolfe y fue cuando apareció ese monstruoso lobo de dos cabezas.

—¿El que aparece en el escudo de la mansión de los Wolfe?

A la pregunta de la muchacha, la vieja asintió.

—Sí, pero de carne y hueso, brillándole sus ojos fosforescentes, matando a otros perros y a otros lobos. Por las noches se le oye aullar y acude al cementerio, al panteón de los Wolfe. Se le han puesto cepos, comida envenenada, pero no cae en las trampas porque es inteligente. Dicen que dentro de ese lobo de dos cabezas está el espíritu de Franz Wolfe.

—Contar semejantes historias a estas alturas del siglo me parece una tontería.

—Usted piense lo que quiera, pero es cierto. Todos aquí saben que es así y fue a raíz de la muerte de una mujer, una muerte a dentelladas, en forma feroz y brutal, como la muerte del alguacil, cuando la gente del poblado decidió hacer algo y en una reunión secreta se llegó a la conclusión de que Walpurgis era una bruja que tenía un pacto con Satanás.

—¿Y por qué no pidieron la ayuda de la policía, lo que resultaría mucho más práctico?

La vieja exorcista respondió:

—La policía estuvo en la mansión. Allí mandaba Walpurgis y dijo que Franz se había alejado por las capitales europeas para profundizar más en sus estudios, pero no se encontró en parte alguna un visado de salida al extranjero a nombre de Franz Wolfe y los hombres la condenaron a la hoguera.

—¿A la hoguera? —Repitió Vanessa, horrorizada—. ¿En nuestros tiempos, condenar a una supuesta bruja a la hoguera?

—Sí. Se preparó la hoguera precisamente donde está instalado el circo. Se amontonó la leña alrededor de un gran poste vertical con dos argollas a las que se pensaba encadenar a la bruja Walpurgis, pero ella debió de darse cuenta y cuando los hombres se acercaban por la noche con antorchas a la mansión Wolfe para ejecutar la sentencia, se escuchó la risa de ella. Era una risa larga, satánica, que llegaba tan lejana como el aullido del lobo de dos cabezas.

Entonces, la mansión Wolfe comenzó a arder por los cuatro costados y las llamas pudieron verse a mucha distancia mientras ella, en medio del fuego, reía y reía.

—¿Y qué hicieron los hombres? —preguntó Dan Donovan.

—Rodearon la casa por si intentaba escapar, pero no salió y la mansión se quemó totalmente, sólo se sostuvo su estructura de piedra ahumada. Los hombres aguardaron a que se enfriara y luego entraron para buscar a Walpurgis, mas no hallaron sus restos. En el sótano encontraron restos de jaulas con monos carbonizados, monos que habían muerto allí chillando, abrasándose en sus encierros sin poder escapar. Se quiso suponer que los restos de alguno de ellos podían pertenecer a Walpurgis, mas nadie estuvo seguro de ello. Era una bruja y de alguna forma, con la ayuda de Satanás, había escapado al fuego.

»Los hombres del pueblo, como queriendo conjurar su maleficio, hicieron una bruja de cera y trapo, lo más parecida posible a Walpurgis, y la pusieron en lo alto de la hoguera. La quemaron y de nuevo se escucharon sus risas y el aullido espeluznante del diabólico lobo de dos cabezas.

»Todos huyeron despavoridos hacia sus casas y desde entonces, los hombres y las mujeres de Steinschwarz no salen por la noche. Muchos han emigrado, alegando que aquí no hay futuro, pero en realidad se marchan porque tienen el terror metido dentro, en sus entrañas y sus estómagos se vuelven duros. Cada bocado que comen se queda sin digerir, por eso se alejan. Es la maldición de Walpurgis aunque no se sabe qué pactos pudo hacer con Satanás. Lo cierto es que la llegada del gorila del circo ha venido a complicar las cosas, porque todos creen que es el gorila de Walpurgis.

—Todo esto son historias fantásticas, sólo audibles a la luz de una llama vacilante en una noche oscura y en un lóbrego desván como éste, saliendo de labios de una mujer como usted; sin embargo, puede coger el dinero.

—Bien, bien. Si no queréis creerme, no lo hagáis. Cuando se quemó la bruja de cera y trapo, ella reía, reía, reía y todos huyeron. ¿Cómo queréis que alguien de esta ciudad acuda al circo, precisamente ubicado en aquel lugar, para divertirse? Estáis locos, locos.

Nadie irá allí de noche, nadie…

Se rió por lo bajo, recogiendo el dinero rápidamente.

Dan Donovan y Vanessa se miraron preocupados, desconcertados, y otro par de ojos, más grandes y luminosos, les observaban a ellos.

Eran los ojos del gran búho que, hierático, permanecía muy atento a cualquier ruido que pudiera delatar la presencia de un roedor para poner en acción su afilado pico, sus duras garras.

# CAPÍTULO VIII

Ya no llovía, pero las casas, sus tejados, el suelo de las calles de aquella población con pretensiones de ciudad sin haberlo llegado a ser jamás, estaban mojadas.

Las nubes se habían rasgado y por entre su gris plomizo aparecía el terciopelo negro del cielo nocturno. La luna era grande, casi redonda, no llegaba al plenilunio.

—No le contarás a mí padre todo lo que esa vieja nos ha dicho, ¿verdad?

Dan Donovan extendió su brazo y rodeó el cuerpo de Vanessa por la espalda. La oprimió tratando de infundirle confianza.

—No creo que le gustara saber que donde está emplazado el circo fue preparada una hoguera para quemar a una supuesta bruja, y se quemó una bruja de ficción.

—Pero, personalizada en ese espantapájaros, las gentes del pueblo quisieron quemarla a ella. Es grotesco y fantástico. Estos seres están anclados en el tiempo, son supersticiosos en extremo, tanto que tendrían que enviar aquí una comisión de psiquiatras.

—No creo que nadie del pueblo admita haber hecho tal cosa. Para ellos, eso es algo que debe de permanecer oculto. Temen a la mansión en ruinas porque creen que Walpurgis está allí dentro todavía. Por eso, como ha contado al final la exorcista, cavaron esa profunda y amplia zanja alrededor de la mansión, sembrando zarzales y hundiendo alambres de espinos para que la supuesta bruja no escape. Una forma infantil de hacerlo, pero a la vez se protegen ellos mismos de acercarse a la mansión quemada.

—Es todo tan extraño y fantástico que cuesta creerlo, pero claro, aquella visión que tuvimos…

—¿Te refieres al lobo de dos cabezas que nos miraba?

—Sí. ¿Fue verdad o una ilusión óptica de la niebla? ¿Crees que pueda existir una bestia semejante?

—Si la hubiéramos encontrado, podría asegurártelo, pero la visión no era muy clara; sin embargo, que existen lobos, eso es cierto; que «Goliath» anda suelto, también; que ha muerto asesinado un hombre, no cabe duda, y que un animal se acerca cada día al panteón de los Wolfe, es tan seguro como que estamos metidos en esta ciudad donde las puertas y ventanas se atrancan de noche y todos se aíslan dentro de los muros seculares de sus casas.

—Dan —ella se arrebujó dentro de su tabardo de piel.

—¿Sí?

—No quería creer en nada, pero ahora, me agradaría que me acompañases hasta el circo.

—Por supuesto, Vanessa. Iremos a buscar el *jeep*, aunque ahora será un poco difícil orientarse en este dédalo de callejas. No conozco la ciudad, esto está oscuro y esa vieja, bruja nos ha hecho dar muchas vueltas antes de llegar hasta aquí.

Echaron a andar.

Sus pasos se oían claramente, pues el sonido rebotaba contra las paredes húmedas.

Vanessa tenía la impresión de que ojos furtivos les observaban a través de los intersticios de puertas y ventanas.

De pronto, se escuchó el desgarrador aullido del lobo, pero era un lobo extraño, distinto al resto de sus coespecímenes. No era un lobo vulgar.

—Y cada noche aúlla.

—Eso parece, Vanessa.

—Si no lo atrapan, comprendo la inquietud de la gente que vive aquí. Si fuera hija de Steinschwarz también me alejaría.

—¿Por el lobo o por lo que ha contado la vieja?

—Quienes vivieron los días de terror según nos ha explicado la exorcista, debieron de pasarlo muy mal, no se les habrá olvidado.

—Sí, ellos temen la venganza de Walpurgis y creen que ese lobo extraño, monstruoso, es utilizado para la venganza.

—No me gustaría que nos saliera ahora, de frente.

—A mí tampoco, no voy armado. El rifle de dardos que me prestó tu padre está en el *jeep* y no tengo revólver.

—Te juro que mientras esté en esta ciudad no volveré a salir otra noche sin tomar mi pistola.

—¿La que utilizas en tus números de domadora?

—Sí. Tiene dos balas de fogueo y las demás son de verdad.

—¿Quieres decir que das una oportunidad a las fieras para que se asusten?

—Sí. Disparo y si las detonaciones las hacen retroceder, todo va bien y no utilizo las balas mortíferas, pero si la fiera continúa adelante, sólo hay que seguir jalando el gatillo.

Después de todo, en menos de tres segundos salen las balas de plomo.

—Has de tener mucha sangre fría para manejar una pistola así frente a las fieras.

—Dentro de una jaula y viendo a las fieras delante de mí, bien iluminadas, no tengo mucho miedo, aunque confieso que en ocasiones si lo he sentido. Sin embargo, eso de que las fieras ahora anden sueltas, pudiendo saltar sobre nosotros cuando menos lo esperemos, no me gusta nada.

—A mí tampoco. —Dan suspiró y preguntó después—: ¿Crees que ese gorila vuestro tiene algo que ver con la historia del mono-gorila que se supone perteneció a Walpurgis?

Vanessa vaciló.

—Lo cierto es que Saúl no ha querido decirnos jamás de dónde lo sacó. Es un gorila muy especial, obtenido de cruces extraños no logrados antes por ningún otro zoólogo o investigador. Es híbrido y a la vez muy fuerte y resistente a las enfermedades.

—No estaría de más mantener una conversación con el viejo Saúl.

—¿Crees que él podrá aclarar algo?

—No estoy seguro, pero si se demuestra que ese gorila híbrido salió de este lugar, el alcalde de Steinschwarz no podrá acusar al Rudyard Kipling Circus de la muerte del alguacil. En un tribunal siempre se puede…

Dan interrumpió sus palabras. Se detuvo y detuvo a Vanessa que le miró perpleja, buscando en sus ojos una respuesta, aunque no era fácil ver sus ojos en aquella semioscuridad.

—¿Qué ocurre, Dan?

—Quieta. ¿No ves nada allí?

—¿Dónde?

—Encima de aquel tejado.

Y señaló con el dedo.

Perfilada por la luz de la luna, divisaron una sombra, una sombra que Vanessa pareció reconocer.

—Dios mío, si es, si es…

—¿«Goliath»?

—Sí.

No sabían en qué calle estaban, cómo se llegaba a la plaza Mayor ni quiénes podían habitar las casas que se alzaban a derecha e izquierda de la calle por la que se habían internado.

Se escucharon unos golpes muy recios y algo saltó hecho pedazos. Era la ventana de una casa.

—¡Dios mío! ¡«Goliath», «Goliath»! —llamó Vanessa inútilmente, pues la figura del gran gorila desapareció dentro de la casa, por lo alto del tejado.

Dan Donovan corrió hacia la puerta de la casa en la que acababa de penetrar el misterioso y enorme gorila.

Golpeó la puerta con su puño, llamó al timbre y gritó:

—¡Abran, abran, abran!

No obtuvieron respuesta. Vanessa lamentó no tener su pistola a mano y tampoco el rifle lanza-dardos narcotizantes que estaba en el *jeep*, el cual ignoraban en qué lugar se hallaba en aquellos momentos.

De súbito, un grito infrahumano, espeluznante, recorrió toda la ciudad de norte a sur y de este a oeste. Rebotó contra las paredes y penetró por las rendijas de los maderos, haciendo vibrar los hierros y estremeciendo los tuétanos.

Mas, nadie, absolutamente, abrió una puerta; nadie salió con una escopeta, ni siquiera se abrió una ventana.

—¡Socorroooo! —Chilló Vanessa—. ¡Socorroooo, ayúdennos, están matando a alguien!

La casa parecía muy recia y la puerta, invulnerable. Siguieron golpeando y otros gritos escaparon del interior de la vivienda.

Se abrió una ventana. Dan se apartó para mirar hacia lo alto. Escucharon un grito de mujer joven y algo cayó a la calle.

Vanessa se llevó las manos al rostro. Quería tapar sus ojos, sus oídos, todos sus sentidos. No quería estar allí, no quería creer que aquello estuviera sucediendo realmente, pero era una cabeza humana lo que acababa de rebotar en la calle, una cabeza de mujer joven.

Para aturdirse, para inhibirse de lo que allí ocurría, Vanessa gritó, gritó cuanto pudo, pero las ventanas permanecieron cerradas.

Nadie quería ayudar a nadie, nadie deseaba exponerse y quizá también muchas de aquellas casas estuvieran vacías.

De súbito. Dan escuchó ruidos tras la puerta y comprendió que alguien pretendía salir de la casa huyendo del monstruo, o quizá era el propio gorila, pues le habían contado que tenía una relativa inteligencia y estaba muy bien entrenado para actuar en el circo, imitando al hombre en muchas cosas.

Se abrió la puerta y asomó una mano humana.

Dan quiso empujar la puerta para que aquella mano terminara de salir, pero la puerta parecía tener un bloque de granito detrás.

Se escuchó un grito de hombre que se transformó en gorgoteo. Después, rugidos, rugidos de fiera.

Dan empujó la puerta y ésta cedió al fin, encontrándose de pronto frente a aquel monstruo conseguido en los laboratorios de una mente enfermiza.

Entre sus manos sostenía el cadáver de un hombre que tenía la cabeza rota. La cabeza aún estaba unida al tronco, aunque colgaba de lado, con los ojos abiertos, y un rayo de luna le permitió identificarla como la del mismísimo alcalde.

Vanessa estaba algo más atrás y pese a estar acostumbrada a las fieras, el miedo recorrió todos los nervios de su esbelto y hermoso cuerpo. Quedó inmóvil, incapaz de reaccionar.

La fiera rugió. Soltando el cadáver, se abalanzó sobre Donovan con los brazos en alto. El hombre comprendió entonces lo monstruoso de aquel animal, el poder de aquellos músculos capaces de retorcer barras de acero muy gruesas. Aquella imponente mole, al erguirse, medirla unos dos metros y no pesaría menos de ciento cincuenta kilos pese a su agilidad, propia de un primate.

Le propinó un par de puñetazos, pues no tenía escapatoria posible y tampoco era hombre que, para salvarse, dejara a Vanessa a merced del gorila asesino.

Fue como golpear las paredes graníticas. Sus puños no hicieron más mella en el cuerpo del animal que los golpes de un niño de cuatro años en el suyo propio.

Aquellos enormes brazos lo atraparon en un abrazo mortal y todo comenzó a enrojecer a su alrededor. Pronto, una víctima más

se añadirla a la lista de muertos conseguidos por el horrible gorila híbrido.

## CAPÍTULO IX

—No, «Goliath», no —suplicó Vanessa sin gritar, incapaz de moverse de donde sus pies semejaban haber echado ralees.

El gorila, que tenía unos ojos casi humanos, la miró. Sus brazos rodeaban a Dan Donovan por el pecho y el cuello. El americano ya parecía exánime. Sus brazos caían, su respiración había sido cortada por el abrazo de la muerte.

Los ojos del gorila se clavaron en Vanessa; algo extraño brilló en ellos.

De pronto, muy cerca de ellos, al final de la calle, sonó un aullido.

Vanessa, como temiendo descubrir al mismísimo Satanás, miró y descubrió al lobo bicéfalo, con sus dos pares de ojos amarillentos fulgurando en la noche.

De repente, el gorila, que también acababa de descubrir a la extraña y maligna fiera, soltó a Dan Donovan que cayó inconsciente sobre el empedrado de la calle.

Rugió de forma bestial, los edificios semejaron retemblar. Se golpeó el pecho, que sonó como un gran tambor, y desnudando sus colmillos se lanzó en persecución de la otra fiera que dio media vuelta y echó a correr por el dédalo de callejuelas.

Las dos fieras eran de temer, pero quizá había algo más satánico en el lobo que también había mostrado los colmillos de sus dos bocas.

Inmediatamente, Vanessa se arrodilló sobre el cuerpo de Dan Donovan.

Lo puso boca arriba y al comprobar que no respiraba, le practicó la respiración boca a boca. Llenaba sus pulmones de aire y con aquel aire llenaba luego los del hombre, una y otra vez hasta que consiguió que respirara por sí mismo.

—Debo de haberme portado muy bien en mi vida, porque estoy

en el cielo —susurró Dan frente a la boca de Vanessa.

—Dan. Dios mío, ¿estás bien, estás bien?

Lo abrazó y se sintió abrazada.

—¿Y el gorila, Vanessa?

—Se ha marchado.

—¿Hacia dónde?

—Ha aparecido el lobo.

—¿Qué lobo, uno del circo?

—No. el lobo que tú y yo vimos, el lobo al que aquí temen todos, el lobo bicéfalo.

—¿Estás segura?

—Sí, Dan. Lo he visto claramente y tú estabas entre los brazos del gorila. Iba a matarte, lo hubiera hecho de no aparecer el lobo, aunque estoy segura de que me ha reconocido.

—Me temo que lo que nos ha explicado la vieja exorcista encierra mucho de verdad. No es ninguna casualidad que «Goliath» se escapara aquí precisamente y ahora ande asesinando a las gentes de la ciudad.

—Hay que buscar armas. Dan. armas para matarlo.

—En el *jeep* está el rifle de tu padre, pero ¿por qué no sale la gente de sus casas? —preguntó de pronto, al encontrar frente a sus ojos aquella cabeza humana de mujer.

—¡Cobardes, cobardes! —gritó Vanessa, desesperada, derrumbándose entonces.

Se entregó a un llanto convulsivo que antes había contenido para poder actuar en favor de Dan. puesto que ella conocía al gorila y, al parecer. «Goliath» la había reconocido a su vez.

—No salen, tienen miedo, pánico a esos monstruos.

—Dan, Dan, llévame de aquí no puedo verlos, no puedo…

Y perdió el conocimiento.

El abrazo de Dan Donovan impidió que la muchacha cayera al suelo. La tomó entre sus brazos y comenzó a caminar por las solitarias y acharoladas callejas mientras una luna, rayando en el plenilunio. Iluminaba el camino.

Las dos diabólicas fieras debían de hallarse en alguna parte, quizá persiguiéndose, quizá enfrentándose entre sí. Obviamente resultaban antagónicas, era como si las dos hubieran jurado matarse mutuamente.

Sin que nadie apareciera para ayudarles, llevando el cuerpo desmayado de Vanessa, Dan Donovan consiguió llegar hasta la plaza Mayor de la localidad donde tenía aparcado su *jeep* «Commander».

Le hubiera gustado maldecir a aquellas gentes, su miedo, su cobardía, pero allí aleteaba algo monstruoso y satánico que los tenía atrapados en el terror. Sólo al día siguiente acudirían a presenciar lo que quedaba de la tragedia perpetrada en la casa del alcalde.

Puso a Vanessa en el *jeep* y poco después, el motor del mismo arrancaba mientras colocaba cerca de sí el rifle de dardos narcotizantes.

Más, ningún obstáculo le salió al paso y pudo llegar al circo.

Allí había pocas luces. La pantera rugía a intervalos y el elefante, que era muy pacifico, barritó apenas sin ganas, quizá molesto por el turbador ronquido del motor del *jeep*.

Se detuvo frente a la roulotte de McCampbell e hizo sonar el claxon varias veces.

Al fin, apareció el escocés, propietario del circo, vistiendo tan sólo pantalones y gruñendo:

—¿Qué pasa ahora?

—¿Tiene algo para que su hija se recupere?

—¿Mi hija? —Brincó, como recobrando agilidad y abriendo la portezuela del *jeep*—. Condenado americano, ¿qué le ha hecho?

—Nada, pero debo de darle las gracias a ella. Me ha salvado la vida.

—¿De qué diablos está hablando?

—Su gorila de ustedes ha hecho una matanza y nada menos que en el hogar del alcalde. Se ha cargado al propio alcalde y a su familia.

—¿El gorila? ¿Está seguro de lo que dice?

—Y tanto, como que yo iba a ser su siguiente víctima. Me tenía atrapado, pero Vanessa lo contuvo en parte y luego apareció la otra fiera.

—¿Qué fiera?

—Un lobo de dos cabezas.

—Usted ha bebido demasiado. ¿También la ha emborrachado a ella?

—McCampbell, le juro que lo que le digo es cierto, por ahí andan dos fieras asesinas que se odian entre sí. Vale más que los hombres estén armados y que no salgan solos por los alrededores.

Al ruido del claxon acudieron otros miembros del circo.

Alguien acercó una botella de *brandy*, del tipo petaca, a los labios de Vanessa. Ésta tosió y se recuperó.

—Dios mío, son monstruosos —gimió—. Hay que matarlos, Dan, hay que matarlos…

—¡Hija!

—¡Oh, papá, «Goliath» quería matar a Dan! ¡Se ha vuelto asesino, mata, es horrible lo que ha hecho! Le vimos entrar por un tejado y no pudimos hacer nada por evitar la tragedia, la puerta estaba atrancada. El alcalde intentó huir sin conseguirlo, ha sido como una maldición.

—De modo que es cierto.

—Si no lo cree, ya lo verá mañana en la mañana, o si prefiere ir ahora.

—Está bien. ¡Oídme todos! ¡«Goliath» se ha vuelto peligroso, va por ahí asesinando! ¡Id armados y preparados, no salgáis solos! ¡Dicen que hay otra fiera suelta!

—Sí, una fiera extraña y que no cae en los cepos —puntualizó Dan—. Una fiera que aterroriza a la ciudad.

—Por todos los demonios, ¿adónde hemos venido a parar? Mejor me hubieran contratado el circo para el infierno —se quejó McCampbell—. Cuando coja a Bentoist…

—Le he enviado un telegrama —dijo Dan.

—¿Cuándo?

—No le dije nada, pero lo envié inmediatamente después de producirse la muerte del alguacil. Creí que era lo más oportuno, ya que se puede responsabilizar al circo de esa muerte.

—Papá, tenemos que encontrar a Saúl.

—Sí. ¡Que despierten a Saúl! —gritó para que alguien se encargara de ello.

—Papá, una vieja bruja o algo que se le parece, nos ha contado que «Goliath» procede de este pueblo.

—¿Cómo dices?

—Sí, ese gorila fue obra de los cruces de un demente, propietario de esa mansión que está en ruinas.

—¿De modo que el híbrido lo obtuvo él? Busquemos a Saúl y él nos lo contará todo.

Maldito viejo, sabiéndolo y no decir nada.

—¡Señor McCampbell, señor McCampbell! —gritó uno de los payasos.

—¿Qué ocurre ahora?

—¡Venga, señor McCampbell, venga!

—Vamos, parece que algo ha ocurrido —gruñó Dan.

McCampbell y Dan fueron hacia donde les indicaba el payaso. Vanessa, ya recuperada, les siguió.

La roulotte de Saúl era vieja y un tanto deteriorada. Posiblemente la había comprado en algún oscuro cementerio de coches, donde ya estaría dispuesta para el desguace.

El viejo Saúl yacía boca arriba en su litera, con los ojos abiertos. De su pecho, por entre las costillas, asomaba el mango de un largo y afilado cuchillo de cocina que a todas luces había traspasado su corazón. La muerte había sido instantánea.

—Sólo faltaba esto… —masculló Arthur McCampbell, anonadado—. Presiento que todo se derrumba en este circo. Nos aplasta una maldición. Nirvana no se equivocó al echarme las cartas. Y yo que quería darle una patada en las posaderas…

—Lo malo de este asunto, McCampbell, es que este crimen no lo ha cometido una fiera, sino un ser humano.

—Esto es horrible, cada vez se pone más horroroso —sollozó Vanessa—. Fieras diabólicas y ahora, un asesino acuchillando al viejo Saúl…

—Sí, lo han matado por algún motivo —opinó Dan—. Ahora ya no cabe ninguna duda de que «Goliath» salió de este lugar y a él ha vuelto, por eso se escapó.

—Entonces, estará refugiado en las ruinas de esa maldita mansión —opinó McCampbell.

—Es muy posible —admitió Dan.

—Si está ahí, lo mataremos. Mañana rodearemos ese foso de espinos. Pondremos unas tablas a modo de puente y rastrearemos las ruinas hasta hallarlo. Quizá por eso no lo encontró «Akela», porque estaba al otro lado del foso.

—Es cierto, pero ¿quién ha acuchillado a Saúl? —inquirió Vanessa.

—Eso tendrá que averiguarlo la policía —masculló McCampbell.

Dan miró a Vanessa y opinó:

—Por la historia que nosotros conocemos, sólo dos seres pueden ser los asesinos de Saúl.

—¿Franz Wolfe o Walpurgis? —preguntó la joven.

—Exacto.

—¿De quiénes estáis hablando? —rezongó el escocés.

—Papá, todo esto es muy misterioso y creo que lo mejor sería marchamos de aquí cuanto antes.

—Hija, si hago eso, Bentoist me hunde con los acreedores, firmé un contrato, claro que si Bentoist viene pronto, veré de solucionar este desagradable asunto, ya lo creo que sí. Ardo en deseos de alejarme de este lugar, igual que los demás.

De un golpe, cerró la puerta de la vetusta roulotte, dejando el cadáver de Saúl dentro, con la hoja de acero hundida en su cuerpo, a la espera de que la policía efectuara el reconocimiento oportuno.

# CAPÍTULO X

El ambiente más hostil se había apoderado de la ciudad.

Cuando se acercaron a la casa del alcalde, los restos de la familia, compuesta de cuatro miembros, yacían en sus respectivos ataúdes.

Lucían velas y el aire olía a cera quemada. La gente vestía de negro y sus ojos eran sombríos, torvos.

—Márchense de Steinschwarz —silabeó una voz de mujer.

Inmediatamente, halló eco en las demás. McCampbell, su hija y Dan Donovan tuvieron que soportar los insultos de las gentes, pero Vanessa, al borde de la ira, replicó:

—¡Ustedes son unos cobardes, unos cobardes! ¡Pedíamos auxilio ayer noche y nadie salió para ayudar, dejaron que fueran asesinados, no quisieron intervenir y ahora nos echan la culpa a nosotros!

—¡El gorila asesino se les ha escapado a ustedes! —siguió acusando el secretario, haciéndose su voz más grave, como si ya pensara en tomar el mando de la alcaldía.

—No, el gorila salió de este lugar. Ya conocemos parte de la historia de los Wolfe —expuso Dan Donovan—. Sabemos que era la bestia preferida de Walpurgis, la esposa de Franz Wolfe. Sí, Walpurgis, esa mujer a la que quisieron quemar por bruja a finales del siglo Veinte, como si se hubieran anclado en el tiempo. Al no estar seguros de que hubiera muerto en las ruinas de la casa, la quemaron simbólicamente cerca del cementerio, justo donde ahora está el circo.

Ante las palabras de Dan Donovan, las gentes callaron.

Cogieron miedo, era como si hubieran quedado atrapados en su propia trampa. Todos se preguntaban mentalmente quién habría revelado el secreto de la ciudad.

—Además, uno de este maldito pueblo es un asesino y la policía

debe de venir cuanto antes.

El secretario, mirándoles a través de sus gafas, dijo:

—Aquí no tenemos policía más que cuando cumplen su ronda con el coche patrullero o cuando se les requiere.

—Pues llámelos inmediatamente —exigió McCampbell.

—Es imposible que vengan pronto. El telégrafo no funciona, algo ha pasado, posiblemente una avería.

—Habrá alguna forma para avisar a la policía en su cuartelillo más cercano.

—Sí, sí la hay y ya hemos enviado a un hombre, ha ido en una moto. Dará cuenta de lo ocurrido y se presentará, un coche patrullero, el médico forense, el juez y cuanto haga falta.

—Bueno, por algo se empieza —admitió McCampbell—. Mientras las mujeres velan a los muertos, que no deben de ser tocados hasta que venga el juez, los hombres podrían tomar sus escopetas y ayudarnos a dar una batida por el interior de esa especie de foso de púas que ustedes cavaron alrededor de la mansión en ruinas.

—Allí no hay nada —dijo secamente el secretario, como negándose de antemano a acudir a aquel lugar.

—Eso lo comprobaremos, llevaremos animales para rastrear. Esa mansión era antigua y grande, tendrá sótanos, puede que en alguno de ellos se escondan las fieras y el asesino.

—Sí, es posible que en algún sótano, pero sus fieras son muy peligrosas. Ya les habrá notificado el doctor la muerte de su empleado por culpa de la pantera. Por lo visto no la tienen en cuenta y también es muy de temer. Lo mejor es que la maten a balazos, sería una bestia menos a tener en cuenta.

—¡No! —exclamó Vanessa, interviniendo en defensa de la pantera negra, a la que daba el nombre de «Bagheera», como en la historia de El Libro de la Selva.

—¿Por qué no, señorita? Es una pantera asesina, eso ha quedado demostrado. Podría escaparse y hacer más daño.

—Es verdad, podría escaparse, pero ahora está en una jaula y lo que hace falta es encontrar a las otras bestias —puntualizó Dan Donovan—. ¿Qué, se deciden a participar en la búsqueda en la mansión de los Wolfe?

Nadie respondió, nadie dijo «sí» y McCampbell escupió allí,

frente a los cadáveres destrozados que yacían en sus respectivos féretros.

—Son unos cobardes como dice mi hija y por lo que veo, el gorila tiene una cuenta pendiente con ustedes. A lo peor anhela vengarse de lo que hicieron con su ama. Siempre he opinado que ese gorila poseía una misteriosa inteligencia que asustaba a los veterinarios que le examinaban. A lo peor, hasta tiene nombres, rostros y números de casas grabados en su mente para ir visitando noche tras noche…

Les miró con desprecio. Todos habían palidecido ante aquella especie de amenaza y sentencia.

—Será mejor que nos vayamos, McCampbell —propuso Donovan —. Nos están esperando cerca del foso para dar la batida.

Se alejaron de la población sin que ésta se decidiera a participar en el rastreo de las grandes fieras. Para ellos eran más que fieras, seres que no podían abatirse con simples disparos.

En el *jeep* pasaron junto al circo y luego emprendieron el camino de la mansión Wolfe.

Sobre aquella especie de trinchera, llena de púas de acero y vegetales, se habían tendido unos tablones. Los hombres estaban armados de rifles y pistolas.

Saltaron del *jeep* y Dan preguntó:

—¿Están bien sujetos los tablones?

—Sí —le respondieron los empleados.

—Entonces, pasaremos con *jeep* incluido.

—Tengan las armas preparadas. El gorila es muy fuerte —les advirtieron.

«Akela» también subió al vehículo. La perra loba permanecía atenta, aunque se mostraba inquieta, desasosegada.

El *jeep* pasó sobre los tablones, cruzando el camino por primera vez, y siguió adelante hacia la mansión en ruinas.

Dan Donovan ya no portaba el fusil narcotizante, sino un fusil del «12».

Llegaron frente a las ruinas de piedras ahumadas. Bajo el cielo encapotado, amenazando lluvia, parte de la mansión aparecía hundida.

—Saltemos a tierra —pidió Dan, cogiendo su rifle.

Vanessa tomó la cadena y, de pronto, la perra loba ladró hacia

lo alto, muy excitada.

El tiempo que tardaron en levantar sus rostros fue escaso para percatarse de lo que ocurría.

Arriba estaba el gorila con un enorme bloque de piedra entre sus manazas que les lanzó con evidentes deseos de aplastarlos.

—¡Apartaos! —gritó Dan. disparando al azar, más para asustar al animal que tratando de darle.

El bloque de granito cayó sobre el motor del *jeep* «Commander». El capó quedó aplastado y muchas de las piezas de su motor se destruyeron.

El gorila rugió, mas ya no lo vieron.

—¡No nos separemos, está enfurecido! —gritó Dan.

Llevando a la perra por delante, se internaron en las ruinas. Allí debía de haber muchos recovecos, difíciles de descubrir.

—Hay que vigilar, no nos vaya a aplastar con otra piedra —recomendó McCampbell.

—Lo importante es que se oculta aquí, como habíamos supuesto.

—Para él, el foso de púas resultaba un obstáculo pequeño. Su agilidad es demasiado grande para que la trinchera lograra frenarlo —observó Dan.

Buscaron. «Akela» seguía rastros. Las ruinas eran muy complejas y peligrosas. De cuando en cuando, algo se desplomaba a su paso y alguna pared calcinada amenazaba con caérseles encima.

«Akela» se mostró muy inquieta y trató de correr.

—¡Vamos, suéltale la cadena, puedes ahorcarla!

Vanessa obedeció la indicación de Donovan y la perra loba echó a correr por entre las ruinas, con tal velocidad que casi les resultó imposible seguirla.

Mas, no quisieron perderla y fueron tras ella sorteando los obstáculos que para «Akela» no resultaban tan dificultosos de rebasar.

«Akela», persiguiendo a «Goliath», salió de la mansión.

El gorila corría hacia el foso.

Dan, de lejos, vio cómo el primate atrapaba a la perra por la cabeza; la volteaba en el aire como si fuera un simple muñeco y la lanzaba a lo lejos, cayendo dentro del foso de púas donde el animal, malherido, se revolvió, clavándose más y más los espinos que allí la aguardaban.

Dan disparó, pero ya «Goliath» daba un salto y rebasaba aquella especie de trinchera.

Escucharon un grito y corrieron en aquella dirección.

Cuando llegaron, no lograron rebasar el obstáculo por la cantidad de zarzales y espinos allí acumulados, pero a través de ellos vieron a uno de los empleados del circo tendido en el suelo, con la espalda partida por la mitad.

—Es horrible y «Goliath» ha conseguido huir —gimió Vanessa.

Dan se sintió impotente, el gorila había desaparecido de su vista. Entonces, lentamente, buscó a la perra loba. La vio maltrecha y cogida entre las púas. Montó el rifle, apuntó a la cabeza del animal y jaló el gatillo para que terminara su sufrimiento.

# CAPÍTULO XI

Aquella noche, el pueblo daba la sensación de estar más desierto que nunca. Todos sus habitantes se habían encerrado en sus respectivas casas y habían preparado sus armas, temiendo la visita del gorila justiciero, el gorila que Walpurgis había lanzado contra ellos.

Se deseaba que la policía llegara cuanto antes, pero ésta no se presentaba.

Por orden de McCampbell, en el circo se habían agrupado las roulottes-vivienda y no habría representación.

Dan Donovan no estaba con el resto de las gentes del circo. Él tenía un plan, un plan preconcebido con el que esperaba conseguir algo. No había dicho a nadie dónde estaba ni lo que pensaba hacer.

Había utilizado la habilidad de uno de los mecánicos del circo y se encontraba en el cementerio, sobre el barroco panteón de los Wolfe, escondido entre sus puntiagudas y góticas torres, recargadas de símbolos herméticos.

Tenía el rifle junto a sí y estaba dispuesto a permanecer allí toda la noche.

La extraña bestia de dos cabezas debía de acudir y esperaba que no le ventease.

Dan suponía que aquel satánico animal acudía allí por algún motivo determinado, y que si lo hacía regularmente, podía hacerlo también aquella noche.

Por ello, en aquella ocasión, la puerta del panteón de los Wolfe se hallaba un tanto entreabierta.

Pasaron los minutos, las horas… Llovió ligeramente y después, las nubes se rasgaron. La luna era ahora más grande.

Dan presintió más que vio la arribada de la extraña bestia bicéfala, una bestia anormal, un aborto de la Naturaleza, si es que a la Naturaleza se podía culpar de haber dado al mundo aquello tan

maligno, de ojos tan homicidas como espeluznantemente inteligentes.

Dan estaba seguro de que si lo veía podría dispararle, pero ¿adónde? ¿Quizá en la unión de los dos cuellos, quizá a una sola de las cabezas?

Prefirió aplastarse contra el techo del panteón y no mirar. Era consciente de que la mirada humana, lo mismo que la de un animal, no sólo captaba imágenes sino que transmitía una radiación capaz de delatarle.

Mirar al animal era correr el riesgo de que éste le descubriera y se alejara corriendo, y no podía permitir que escapara, como había ocurrido con el gorila.

Contuvo hasta la respiración y deseó que la suerte le favoreciera, que su olor humano no le delatara.

La maligna bestia, que había logrado escapar de la persecución de «Goliath», rodeó cautamente y en varias ocasiones el panteón de los Wolfe.

Se acercó a la puerta entreabierta y luego, retrocedió.

Dan temió que se marchara, pero el animal regresó. Hizo dos o tres intentos, como poseyendo inteligencia, y al final empujó la puerta con sus cabezas.

Se internó en el panteón ante el cual había estado tantas veces, pero nunca en su interior, y al empujar la puerta y penetrar en el mismo, ocurrió lo que Dan había previsto.

Un muelle se disparó y la puerta se cerró, dejando a la fiera dentro, sin posibilidades de huir.

Dan tomó su rifle y saltó desde la cúpula del panteón al suelo. Vio que la extraña bestia trataba de abrir la puerta utilizando sus dientes y patas, pero Dan, con la llave que se había fabricado con la ayuda del mecánico, tras estudiar la cerradura del panteón, cerró.

—Por lo menos, tú no te escaparás —suspiró.

Escuchó los saltos del animal, rabioso dentro del recinto, entre los féretros que allí reposaban para la eternidad, conteniendo los restos humanos de la familia Wolfe.

La bestia bicéfala rugió. Dan le dio la espalda, se guardó la llave y echó a andar dispuesto a abandonar el cementerio.

Al oír los pasos alejándose, la bestia aulló. Eran dos aullidos al unísono, se fundían en uno solo produciendo un sonido distinto,

más penetrante y sobrecogedor.

La trampa habla resultado y Dan se hallaba satisfecho. Prefería capturar viva aquella fiera, para que todos pudieran verla. El circo tenía jaulas suficientes como para ponerla a buen recaudo.

Regresó a las roulottes caminando. Lo hacía con el rifle dispuesto, pues podía aparecerse «Goliath» y él ya lo había visto demasiado cerca para no tenerle en cuenta.

Al llegar a las roulottes, vio que un automóvil se acercaba tocando el claxon. Varios remolques se abrieron y de uno de ellos salió McCampbell seguido de su hija.

No tuvo tiempo de decir nada, una voz le llamó por su propio nombre:

—¡Donovan, Donovan!

Dan se aproximó al vehículo recién llegado.

—¡Si es Bentoist!

McCampbell se les acercó aprisa, carraspeando. Tenía muchas cosas que preguntar al representante.

—¿Qué pasa por aquí, a qué se debe ese telegrama urgente?

Dan explicó a Bentoist, un hombre ya entrado en años, de mirada espabilada:

—Han ocurrido hechos muy desagradables. Se escapó una fiera y se han producido varias muertes.

—Pues sí que es una complicación… ¿Y qué dice la policía, no ha clausurado el circo?

—El telégrafo se estropeó, no sé si por casualidad o por alguna causa determinada —dijo McCampbell.

—Vaya, qué mala suerte. Por cierto, al venir hacia aquí, hará como una hora, he descubierto a una moto en un barranco. Me he detenido para intentar socorrer al motorista, pero ya estaba muerto y he decidido no tocarlo y dar parte aquí a las autoridades.

Todos se miraron preocupados. Hasta ellos llegaban claramente los aullidos quejumbrosos de la bestia encerrada en el panteón.

—Pues ese motorista es el que debía de avisar a la policía. Éste es un pueblo en decadencia; la gente emigra y pronto será una población fantasma —dijo Dan.

—¿Cómo se le ocurrió al señor Wolfeng contratarnos para representar aquí? —preguntó McCampbell.

—¿Al señor Wolfeng? Si no es un señor, es una mujer —se

sorprendió Bentoist, aclarando más la situación.

En aquel momento, los faros de su propio coche, que habían iluminado parte de las roulottes, enfocaron un rostro que no pasó desapercibido para él representante. Atónito, señaló hacia ella, exclamando:

—¡Ahí está, es la señora Wolfeng, la que me contrató para que vinierais aquí!

Todos volvieron sus cabezas, descubriendo, aunque fugazmente, el rostro de la zíngara cartomántica.

—¡Nirvana! —exclamó McCampbell con estupor.

—¡Que no escape! —gritó Dan—. ¡Ella sabe mucho de todo lo ocurrido aquí!

De súbito, todos comprendieron que Nirvana podía tener gran culpa en las muertes habidas. Era muy posible que Saúl hubiese sido asesinado por ella. Rodearon las roulottes entre las que corrió la zíngara.

—¡Linternas, que no escape esa maldita! —chillaba McCampbell como si al alcance de su mano tuviera la oportunidad para liberar a su circo de la maldición.

Por segunda vez en su vida, aquella mujer se sintió acosada por las gentes que ansiaban atraparla y ahora no podía reír porque los tenía demasiado cerca.

Le iban cerrando todas las salidas.

Se acercó a uno de los camiones y pensó en pasar por debajo de él, pero en aquel momento, algo negro y maligno surgió por entre unos barrotes y unas zarpas salieron de sus cápsulas, quedando desnudas.

La garra se hundió en la base de su garganta, atrayéndola hacia los hierros.

Nirvana gritó con toda el alma mientras otra zarpa de la pantera negra se filtraba por entre los barrotes y se hundía en su costado.

Dan, que pudo verlo mientras otro hombre enfocaba la trágica escena con una linterna, se llevó el rifle a la cara y jaló el gatillo.

El disparo sonó como un cañonazo y la bala penetró entre los ojos de la pantera.

Ésta retrocedió dando un gruñido, se revolcó y luego quedó quieta.

Nirvana, libre de las garras que la habían desgarrado, llena de

sangre, se desplomó al pie de la jaula.

Dan corrió hacia ella, arrodillándose a su lado. Aún vivía, pero la muerte se la llevaba en un galope desenfrenado.

—Nirvana, usted es Walpurgis, ¿no es cierto?

Ella sonrió fríamente mientras la vida se le escalaba a borbotones y apenas pudo articular:

—Sí.

—«Goliath» era el gorila que le regaló su marido, ¿verdad? Conteste sí o no.

Los hombres del circo, incluso Bentoist, se arremolinaron a su alrededor. Las linternas iluminaron el cuerpo ensangrentado.

—Sí —respondió muy quedo.

—Y él, Franz Wolfe, ¿está vivo?

—Sí… —Hizo un esfuerzo sobrehumano para hablar y añadió—: Satanás me escuchó en mi invocación y lo convertí en el símbolo de su familia A cambio, tenía que, que…

Vaciló, como si ya no pudiera hablar más.

—Tenía que vengarme, vengarme de las gentes de Steinschwarz. «Goliath» se, se…

—Dobló la cabeza.

—Ha muerto —manifestó Donovan.

Bentoist preguntó intrigado:

—Pero ¿qué ha dicho?

—Algo que va a resultar muy difícil de explicar.

—No entiendo nada —repitió Bentoist—. Sólo veo sangre, esa pantera era muy peligrosa.

El aullido del lobo encerrado se escuchó ahora con más fuerza y todos alzaron la cabeza.

—¿Es él? —preguntó Vanessa estremeciéndose.

—Si —respondió Dan—. Lo he capturado. Está atrapado dentro del panteón. Será mejor que vayamos a ver a esa extraña bestia. ¿Tiene un lazo para sujetar a los lobos? —preguntó a McCampbell.

—Sí, ya lo creo, y yo sé cómo utilizarlo.

Se escuchó un rugido y un ruido lejano. Dan tuvo un presentimiento y apremió:

—¡NO perdamos tiempo, hay que correr al cementerio!

—¿Al cementerio? —repitió Bentoist, al que todo le venía de nuevo.

Donovan echó a correr y Vanessa le siguió de cerca. McCampbell, mascullando imprecaciones, también fue tras ellos.

Entraron en el recinto.

Dan Donovan, seguido por dos hombres que iluminaban el sendero con sus linternas, corrió hacia el panteón de los Wolfe y al iluminarlo de frente, mientras escuchaban gruñidos y golpes, descubrieron que la puerta habla sido arrancada de cuajo.

—Maldita sea, el gorila ha acudido a la llamada de los aullidos y ha logrado arrancar la puerta.

—Si nos acercamos a la puerta, nos destrozará —advirtió McCampbell.

Se escuchó un prolongado quejido y luego, sólo los gruñidos de «Goliath» que apareció en la puerta del panteón, coincidiendo en él los haces de luz.

Tenía sangre en su cuerpo; eran las heridas resultantes de la feroz lucha en la que, al parecer, había salido victorioso.

«Goliath» alzó sus brazos, abrió la enorme boca, desnudó sus colmillos y rugió dispuesto a seguir matando. Esa era la última orden recibida de su ama.

Todos huyeron a la carrera.

Dan Donovan le apuntó con su rifle y disparó, más el gorila continuó rugiendo y avanzando hacia él con actitud amenazadora. Su poder era brutal. De un manotazo podía romper físicamente a un hombre.

Dan jaló el gatillo una y otra vez.

Aquella bestia, dotada de un enorme poder, encajaba las balas como si nada fueran y seguía avanzando hasta que el percutor del rifle de Donovan golpeó en el vacío. Tras él, Vanessa se estremeció y le gritó:

—¡Corre, Dan, corre!

Dan aguantó firme frente a la bestia que la vengativa Walpurgis utilizara para sus crímenes, aquella bestia a la que, tras escapar de la hoguera, había ido buscando de zoo en zoo, de circo en circo hasta localizar al hombre al que su marido la vendiera.

A partir de aquel momento, no se separó de «Goliath» y comenzó la maldición del Rudyard Kipling Circus.

Cuando parecía que iba a apresar a Donovan con sus manazas, «Goliath» se derrumbó a sus pies. Lanzó unos agónicos estertores y

dejó de moverse.

—Ha muerto —dijo Dan. mirándole.

McCampbell, acercándose de nuevo, gruñó:

—Ya era hora.

Dan miró hacia el panteón de los Wolfe y pidió:

—Una linterna.

Le entregaron la lámpara. Nadie tenía deseos de entrar en aquel maldito panteón.

Dan siguió adelante, cruzó su umbral. Dentro del recinto había señales de lucha y en el suelo, un hombre flaco, de aspecto enfermizo, yacía como desarticulado, roto su esqueleto.

Dan enfocó los féretros que ocupaban los lugares correspondientes y luego, iluminó un hueco vacío pero que ya ostentaba un nombre cincelado en la piedra.

—«Franz Wolfe» —leyó Vanessa, que se había atrevido a entrar.

—Ahora comprendo por qué venía aquí regularmente el lobo bicéfalo. La maldición de Walpurgis terminaría en el momento de su muerte y él deseaba ocupar su sitio, el lugar que le correspondía en el panteón familiar.

—Pero ¿por qué no se hizo matar antes? —preguntó Vanessa, sobrecogida.

—Quizá el embrujo de Walpurgis se lo impedía, pero al morir ella, «Goliath» lo ha matado, porque él era el culpable de la separación de «Goliath» y Walpurgis, entre los que parecía existir unos misteriosos lazos psicológicos.

—Ahora ya puede descansar en paz.

—Sí, y creo que lejos de aquí no podremos contar a nadie la verdadera historia, porque nadie la creería como una noticia cierta.

—Pero, tú la narrarás en una de tus historias fantásticas, ¿verdad?

—Sí, y la tomarán como eso, una historia fantástica fruto de una imaginación calenturienta.

Le pasó la mano por el hombro y la empujó suavemente fuera del panteón.

—Hija, se acabó el circo —gruñó Arthur McCampbell.

—Papá, creo que ya no podría volver a ser domadora después de lo que he visto. No escribo mal a máquina y podría pasar cuartillas en limpio si algún narrador de historias fantásticas me necesitara.

—Contratada —le dijo Dan mientras seguían caminando.
La luna se había ocultado y llovía de nuevo.
**FIN.**



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio. Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane. Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir. La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués. Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas. Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror. Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al

cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein. Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas…